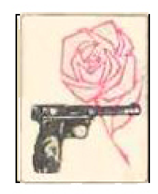


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Warangels

Hablemos en primer lugar de las guerras y revueltas, que siempre se llevan a cabo por la sencilla razón de que se gana más dinero haciendo el mal que haciendo el bien, y esto es una de las verdades más grandes que he oído en mi vida. Aclarado esto, hablemos de los ángeles. Un ángel, dicho sea en términos corrientes, es una persona a quien se le suponen las cualidades propias de los espíritus angélicos, es decir, bondad, belleza e inocencia. Sabido esto, es todo un contrasentido relacionar a los ángeles con la guerra en cualquiera de las modalidades de ésta. Y sin embargo, en esta ocasión Brigitte se enfrenta a seres que se llaman Ángeles de guerra a sí mismos. Pero aclaremos, se atribuyen el nombre de «ángeles» no porque sean buenos, sino simplemente porque vuelan… Haciendo el mal, pero vuelan.



Lou Carrigan

Warangels

Brigitte en acción - 470

ePub r1.1
Titivillus 24.01.2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

Naturalmente, el Gobierno de los Estados Unidos había tenido la deferencia de facilitarle al máximo el viaje a la señorita Montfort: un helicóptero (sin distintivos gubernamentales ni militares, desde luego) la había recogido en la terraza del Crystal Building, donde la más famosa periodista del mundo vivía en un lujoso apartamento situado en el piso veintisiete; desde dicha terraza en plena Quinta Avenida neoyorquina, el helicóptero la había transportado al Kennedy Airport, donde había abordado una avioneta privada que la había llevado hacia el sur.

Tres horas más tarde, todavía en territorio norteamericano, la avioneta había aterrizado cerca de una playa encantadora, en una pequeña pista utilizada para pequeñas cuestiones logísticas militares. Desde aquí, en un formidable automóvil negro, cerrado, blindado y con aire acondicionado, la señorita Montfort había sido trasladada hacia su destino final, viajando por entre frondosos pinares que se recortaban en un cielo nítidamente azul y refulgente.

Hacia las tres y media de la tarde, finalmente, Brigitte llegaba a la aislada cabaña que sin duda pertenecía a algún cazador adinerado…, aunque en aquella ocasión estuviera rodeada por un escuadrón de atléticos y casi gigantescos jóvenes ataviados con deportivos chándal pero dotados de armamento y pertrechos de comando.

Cuando el automóvil se detuvo frente a la cabaña (si se podía llamar así a una construcción que disponía de cinco habitaciones y todos los servicios imaginables), un hombre salió de ésta, acercándose presurosamente para abrirle la portezuela a Brigitte, que se apeó mirándolo sonriente.

—El señor presidente le agradece que haya aceptado intervenir en esto, señorita Montfort —dijo apresuradamente el hombre.

—Puede decirle de mi parte al señor presidente que para mí ha

sido un honor su designación como periodista del acto.

—Lo haré con mucho gusto en cuanto me reúna con él. ¿Ha tenido buen viaje?

—Excelente viaje, gracias. ¿Han llegado ya los conferenciantes?

—No. Pero no tardarán mucho. ¿Le apetece un café?

Brigitte asintió, siempre mirando con simpatía casi irónica a su receptor en aquel esperanzador asunto de conciliación nada menos que entre Irak e Irán. El hombre se llamaba Homer Lovinson, y era uno de los consejeros políticos del presidente Reagan. Brigitte había conversado con él en numerosas ocasiones en recepciones diplomáticas y fiestas particulares de alto nivel. Lovinson era un hombre inteligente, pausado y sereno, y a sus apenas cincuenta años era tenido por uno de los más lúcidos cerebros en cuestiones de política internacional; era atractivo y atlético, pero a nivel moderado. A decir verdad, sólo mirando sus ojos grises y quietos se daba uno cuenta de que Homer Lovinson no era en absoluto corriente.

Ya en el salón de la casa, Brigitte se sentó en un sillón, mientras Lovinson daba órdenes al servicio para que sirvieran café. El servicio, ciertamente, estaba también compuesto por atléticos jóvenes de cabellos cortos y musculatura poderosa que no dejaban sus armas seguramente ni para ir al cuarto de baño. Pero no había ni un solo representante de la CIA. A Brigitte se lo había advertido claramente su jefe, *Mr*. Cavanagh, cuando la había visitado dos días antes en su apartamento de Nueva York:

—No es una misión para la agente «Baby», sino un trabajo para la señorita Montfort, periodista mundialmente conocida, admirada y estimada por sus artículos siempre tendentes a logros pacíficos. Además del personal norteamericano adecuado, van a asistir a esa reunión dos importantes personajes de Irak y otros dos de Irán; es una reunión secretísima, promovida y patrocinada por el presidente Reagan y su gabinete en un intento de iniciar entendimientos pacíficos entre Irak e Irán. Sí la reunión fracasa, será como si no se hubiese realizado, y usted no estará autorizada a publicar nada sobre ella. Pero si triunfa, y se convierte en el primer paso hacia la búsqueda de una paz entre esos dos países, usted publicará una serie de artículos al respecto.

—¿Debo entender que yo firmaré los artículos pero que «alguien

me dirá lo que tengo que escribir en ellos»?

—No, no. Usted escribirá lo que quiera y como quiera. El señor presidente sabe muy bien que puede confiar en usted de un modo absoluto. No olvide que el señor Reagan conoce su personalidad de espía… Vamos, Brigitte, usted sabe que el señor presidente confía en usted tanto como espía que como periodista. Y él sabe que usted sabrá lo que tiene que escribir.

—De acuerdo, entonces. Pero… ¿sabe una cosa, señor? yo no creo mucho en las intenciones pacíficas de esos personajes del Medio Oriente, y a decir verdad, tampoco en las del señor Reagan. Pero —se apresuró a añadir—, si como periodista o como espía puedo hacer algo para terminar con esa masacre criminal que se está llevando a cabo en Irak e Irán, acudiré a esa reunión, no faltaría más.

—¿Azúcar? —ofreció Homer Lovinson.

—¿Eh…? Ah, no, no, gracias.

—Se había quedado usted abstraída —sonrió Lovinson, tendiéndole la taza—. Y lo comprendo. Es un asunto realmente importante, que nos carga con mucha responsabilidad.

—Si —admitió Brigitte—. Pero me atrevo a pensar que los dos estaremos a la altura de las circunstancias.

Homer Lovinson se quedó mirándola especulativamente. Lovinson no sabía que la señorita Montfort era también la agente Baby ni lo sabía ninguno de los restantes diplomáticos norteamericanos que llegarían acompañando a los representantes de Irak e Irán. Nadie allí sabía de la señorita Montfort más de lo que, en términos generales, podía saber cualquier ciudadano de los Estados Unidos. Seguramente, si alguno de los iraníes o de los iraquíes hubiesen sabido que la CIA se iba a enterar directamente de todo habrían dado la vuelta de regreso hacia Oriente Medio.

Pero ni lo sabían, ni era cierto que Brigitte fuera a informar directamente a la CIA, ya que en esta ocasión la divina espía estaba trabajando para el presidente de los Estados Unidos de un modo directo, personal, casi como un favor entre amigos cada uno de los cuales conocía perfectamente el nivel de las posibilidades y el prestigio del otro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó por fin Lovinson.

—Que dudo mucho que ni Irak ni Irán hayan enviado personajes

de un nivel demasiado alto.

—¿Lo cual significa…?

—Significa que quizá no se habrán tomado del todo en serio las intenciones norteamericanas de encauzar conversaciones pacificas. Tengo el pálpito de que Bagdad y Teherán envían personajes de tercer orden a esta reunión.

—¡Claro que no! —protestó Lovinson—. Conocemos perfectamente a las personas que estamos esperando, y no son de tercer orden, de ninguna manera.

—¿Ah, no? Veamos: ¿son quizá los dirigentes de ambos países?

—¡Claro que no! —Respingó Lovinson.

—¿Quizá son sus ministros de asuntos exteriores o similares?

—No, no.

—Entonces, querido Homer, son personajes de tercer orden, ¿no le parece?

Homer Lovinson se quedó sin saber qué decir. Optó por beber su café, mientras Brigitte le miraba con simpática ironía. A Homer Lovinson se le habrían puesto los pelos de punta si hubiera sabido cuáles eran las verdaderas intenciones de la señorita Montfort: no sólo asistir a las conversaciones, sino tomar fotografías de todos los personajes, especialmente de los representantes de Irán e Irak, para luego pasarlas por los filtros identificativos de la CIA de un modo… extraoficial. No se fiaba de lo que decía Teherán, ni se fiaba de lo que decía Bagdad, en las actuales circunstancias. Ni acababa de confiar en los enviados de ambas capitales. En fin, algo no terminaba de convencerla en aquel asunto.

Por una razón muy sencilla: si existían verdaderas intenciones de buscar la paz entre ambos países…, ¿por qué hacerlo recurriendo a reuniones secretas? Siempre era mucho más propagandístico hacerlo al descubierto, y mucho más esperanzador para ambos pueblos en guerra. Una conferencia de alto nivel en cualquier capital de Europa, o en Camp David, con la asistencia personal del presidente de los Estados Unidos, tenía mucha más credibilidad y probabilidades de éxito…

¿O no? Porque tampoco había que pensar que el señor Reagan y los otros fuesen tontos, ¿verdad? Entonces…

—Me parece que ahí llegan —dijo Lovinson, que se había acercado a mirar por una ventana—. Si me lo permite, saldré a

recibirles.

—Le acompañó —dijo Brigitte, poniéndose en pie.

—No es necesario que…

—Me gustará verlos a la luz del día.

Lo que no dijo Brigitte era que pensaba empezar a tomar fotografías tan pronto viese a los personajes. A todos los personajes. De su bolso, sacó el encendedor y el paquete de cigarrillos; en uno y otro había pequeñas cámaras ocultas; pequeñas, pero de un alcance, eficacia y perfección absolutamente fuera de lo corriente.

Cuando salieron de la casa llegaban los automóviles, tres en total. En uno de ellos viajaban los dos enviados iraníes con dos guardaespaldas, un receptor norteamericano del cuerpo de consejeros del presidente, y el chófer.

Lo mismo en el coche de los iraquíes. En el tercer automóvil viajaban más diplomáticos norteamericanos. Y más atrás, o custodiando sofisticadamente los tres vehículos, debía de haber, sin duda, personal del grupo de seguridad seleccionado para la ocasión, parte del cual ya esperaba en la casa y alrededores.

¿No era triste que para hablar de paz se tuvieran que tomar tantas precauciones contra la muerte?, pensó Brigitte.

Los personajes llegados en los automóviles comenzaron a apearse.

—Éste es un gran momento —murmuró Lovinson.

Brigitte lo miró un instante, con cierto escepticismo. Sabido es que los diplomáticos son gente cauta que no se entusiasman fácilmente, pero la señorita Montfort, es decir, la agente Baby, había visto y vivido demasiadas cosas para entusiasmarse por el hecho de que llegaran cuatro personas para hablar de una guerra que estaba costando la vida a miles de personas. Pero dijo:

—Sí, es un gran momento.

No costaba nada ser amable con las personas que se hallaban dentro del círculo de su relativo afecto, como por ejemplo, el presidente Reagan, al que, dicha sea la verdad, no tenía en demasiada estima…

Los iraníes se habían apeado del automóvil, y más allá lo estaban haciendo los iraquíes. Uno de éstos llevaba barba. Y, qué curioso, también llevaba barba uno de los iraníes. El tercer coche se había detenido también, y se estaban apeando los norteamericanos.

En el silencio se oían apenas las tenues voces en inglés. Ah, claro, en ingles: los cuatro asiáticos debían de hablar perfectamente el inglés, por supuesto… Se oyó el chasquido de una portezuela al ser cerrada. El ambiente era quieto y tenso. No era un silencio de sugerencias paradisíacas, sino tenso, forzado. Sonó el chasquido de otra portezuela…

Brigitte miraba de un lado a otro. No sólo a los iraníes y a los iraquíes, sino a todos lados. Divisó no menos de tres muchachotes atléticos cobijados bajo árboles, pinos, arbustos. Quieta tarde de otoño. Bueno, ¿y por qué no? ¿Por qué no podía iniciarse allí una negociación de paz que pronto terminara con aquella masacre en Oriente Medio? ¿Por qué no admitir que…?

Como siempre gracias a su finísimo oído, Brigitte fue la primera persona de las reunidas en la explanada que percibió aquel levísimo rumor no atribuible a nada de lo que sucedía ante sus ojos. Era un rumor como de… siseo, como de silbido, quizás. Parecía proceder de arriba, y Brigitte alzó la mirada, pensando que era imposible que fuese un helicóptero.

Y en efecto, no había rastro alguno de helicóptero.

Sencillamente, por encima de los cercanos pinos, apareció, de repente, el primer ángel.

Incluso para la experimentada espía el pasmo fue total. Había tomado ya discretamente varias fotografías de todos los recién llegados, y la sorpresa casi le hizo soltar el paquete de cigarrillos y el encendedor.

—Dios mío —tartamudeó Lovinson—, ¿qué es eso?

Eran ángeles.

Eran ángeles, y el pasmo era tan grande y absoluto que todos los presentes se hallaban incapacitados para moverse, alzada la mirada hacia los ángeles que aparecían ahora por varios sitios.

Hermosos ángeles desnudos, dotados de albas alas que se movían con suavidad de caricia. Hermosísimos ángeles de cuerpos espléndidos y senos turgentes, rubias cabelleras que relucían al sol, delicados trazos faciales que los convertían en verdaderas estampas celestiales.

Ángeles que volaban produciendo apenas aquel siseo que quizás era debido al roce de sus alas al moverse acompasadamente, suavemente, pausadamente…

—¡Protéjanse! —gritó de pronto la señorita Montfort.

Justo en ese instante, uno de los ángeles permitía que se viese entre sus brazos un objeto blanco y alargado que podía ser un rifle, una metralleta, o cualquier cosa similar. De la boca de ese artefacto brotó un seco zumbido que precedió al proyectil. Éste impactó en el suelo, entre dos de los norteamericanos del tercer automóvil y uno de los atléticos guardianes del recinto. La explosión fue seca y fuerte, y produjo tal onda expansiva que zarandeó a personas relativamente próximas al lugar de la explosión, mientras que los tres desafortunados cercanos saltaban por el aire, hechos trizas…

Ya todo el mundo corría, algunos sin saber hacia dónde, otros optaban por tirarse al suelo intentando protegerse debajo de los automóviles. Homer Lovinson intentó hacer esto, pero Brigitte le sujetó por un brazo.

—¡No! —gritó—. ¡Debajo de los automóviles, no…!

Un disparo de un ángel alcanzó uno de los automóviles, es decir, explotó casi debajo, y lo alzó, dándole la vuelta y haciendo explotar el depósito de combustible. Los muchachos del escuadrón de seguridad comenzaron a disparar sus armas hacia lo alto, pero, apenas empezaban a hacerlo, una de aquellas granadas estallaba ante sus pies, y los alzaba reventados, triturados, lanzándolos lejos convertidos en guiñapos sangrientos.

El ataque se había producido tan por sorpresa, tan seguidamente a la aparición de los ángeles, que todavía no había nadie que hubiera conseguido reaccionar de un modo consecuente, ni siquiera Brigitte, que finalmente lo logró, tirando del brazo de Lovinson, que se resistió.

—¡Vamos a la casa! —gritó Lovinson.

—¡No! ¡Al pinar, Homer! ¡Venga conmigo!

Homer Lovinson ni siquiera tuvo opción a contestar, porque dos de los hombres que corrían hacia la casa salieron dando vueltas en el aire bajo los efectos de la explosión de una granada, dejando rosas de sangre que parecían reventar en el aire.

Brigitte corría hacia el pinar. Había soltado ya a Lovinson, que, sin analizar su decisión, seguía a la periodista. Ésta se volvió, apuntó con el paquete de cigarrillos, y tomó rápidamente seis o siete fotografías, en el momento en que, evidentemente, uno de los ángeles era alcanzado por los disparos de uno de los guardias. Pero

no cayó, sino que dio la vuelta y se fue alejando, siempre batiendo sus alas de aquel modo pausado y suave…

Una de las ventanas de la casa reventó cuando una granada entró por ella ocasionando un estampido tremendo y casi derribando una pared, aparte de los grandes destrozos en el interior. Otro automóvil fue alcanzado, y explotó en el acto, envuelto en el incendio de la gasolina de su propio depósito.

Brigitte se volvió otra vez, tomando más fotografías.

—Pero ¿qué hace? —gritó Lovinson—. ¡Corra!

En el momento que se disponía a seguir corriendo, Brigitte comprendió que uno de los ángeles se había dado cuenta de su actitud, que debió de parecerle cuando menos intrigante, y les apuntaba con su arma, que disparó cuando ya Brigitte había reanudado la carrera y había saltado sobre la espalda de Lovinson, derribándolo y rodando ambos por el suelo. La granada explotó a unos ocho metros de distancia, abriendo un cráter, y, ciertamente, si Brigitte y Lovinson hubieran estado en pie posiblemente los habría matado, o por lo menos, con toda seguridad, malherido muy gravemente. Pero así, aparte de las lesiones que les produjo la granizada de tierra y piedras, y el calor quemante de la explosión, ambos resultaron prácticamente ilesos…, mientras que el ángel, alcanzado por una ráfaga, dejaba su arma y se llevaba las manos al pecho.

Pero no cayó. Ni el ángel ni el arma cayeron. El arma quedó colgando del cuerpo del ángel, y éste, dando la vuelta, emprendió el vuelo hacia el lugar de donde habían salido, colgando sus miembros y su cabeza tan flojamente que sólo cabía pensar que estaba muerto.

Un ángel muerto que seguía volando.

Dejando atrás el fragor de una batalla insólita y desigual, Brigitte y Lovinson llegaron al bosquecillo de pinos, adentrándose en él rápidamente. Y no habían corrido mucho cuando Brigitte retuvo por un brazo a Lovinson, que se volvió a mirarla con ojos desorbitados.

—¿Qué hace? —gritó—. ¡Sigamos corriendo para salir por el otro lado y escapar…!

—No —negó Brigitte—. Nada de salir por el otro lado. Sígame.

Para pasmo de Lovinson, comenzó a trepar por uno de los pinos, con agilidad que aumentó el pasmo del consejero del presidente, el

cual titubeó, pero algo debió de recordar, y ya sin más vacilaciones siguió a Brigitte tronco arriba, sorteando las ramas bajas.

Por debajo de ellos pasaron dos de los hombres llegados en el tercer automóvil, corriendo hacia el otro lado del bosquecillo, y Brigitte los llamó.

—¡Vengan! —gritó—. ¡No salgan del bosquecillo! ¡Les digo…!

Ni siquiera se volvieron a mirarla. Continuaron corriendo, despavoridos, desencajados los rostros. Tras ellos quedaba un fragor de batalla prácticamente terminada, se oía algún grito, disparos de metralleta… Brigitte y Lovinson se detuvieron jadeantes, entre las ramas altas del pino. Y de pronto, entre sus jadeos, se dieron cuenta de que había regresado aquel silencio insólito. Ni siquiera se oían gemidos de heridos. Tardaron unos pocos segundos en oír el crepitar del incendio de uno de los automóviles, cuyo negro humo se veía por entre los pinos y por encima, formando gruesa columna hacia el cielo.

Brigitte se llevó un dedo a los labios, y señaló hacia arriba por encima de ellos directamente. Lovinson quedó mudo, incluso conteniendo el jadeo, cuando vio a dos ángeles pasando lentamente por encima del pino en el que se hallaban, y mirando con gran atención hacia abajo. Los vio tan cerca que no comprendió que ellos no le vieran a él a su vez. Casi enseguida, pasaron dos más, y luego uno solo… Al otro lado del bosque se oyeron unos alaridos, y enseguida el estampido de otra granada. Lovinson comprendió que los ángeles habían destrozado a los dos hombres que habían desoído la llamada de Brigitte, y miró a ésta.

Se estremeció al verla tan absolutamente serena, apuntando el paquete de cigarrillos hacía lo alto del pino, por encima del cual pasaron dos ángeles más. Ahora incluso pudo oír el sedoso batir de sus blanquísimas alas.

Homer Lovinson tardó casi cinco minutos en darse cuenta del terrible silencio que reinaba en el lugar, y de que estaba sudando como nunca en su vida había sudado. Miró a Brigitte, la cual señaló en dirección a la casa.

—Vamos a decirles que no volverán, y que debemos atender a los heridos. ¿Cómo se encuentra, Homer?

—¿Yo? No sé. Creo que bien… ¿Y usted?

—También. Vamos a ver qué podemos hacer por los demás.

—Dios bendito… ¿Ha visto eso? ¡Eran ángeles!

—Eran hermosas mujeres con alas artificiales.

—Pero… pe-pero… ¿cómo… es eso posible? ¿Qué ha pasado?

—¿Todavía no lo ha entendido? —dijo serenamente la espía internacional— alguien se ha enterado de esta reunión, y está bien claro que no le ha gustado, de modo que ha enviado sus mensajeros para desbaratarla. Cosa que, ciertamente, no habrían hecho unos verdaderos ángeles…, suponiendo que existieran los ángeles.

Capítulo II

—O sea, que eran mujeres desnudas —masculló *Mr*. Cavanagh.

—No exactamente. Quiero decir que sí, que eran mujeres, pero no iban desnudas, sino cubiertas por una fina malla muy bien adaptada a sus cuerpos; posiblemente era una malla antibalas, en lo posible.

—¿Qué quiere decir?

—Que no podía ser una malla de gran protección, pues era demasiado ligera. Si hubiera pesado más probablemente los ángeles no habrían podido levantar el vuelo. De todos modos, algo debía de protegerlas, desde luego.

—Lo suficiente para que siguieran volando a pesar de resultar heridas, ¿no?

Brigitte se quedó mirando casi enfadada a su jefe absoluto, *Mr*. Cavanagh, en cuyo despacho de la Central de la CIA, en Langley, se hallaba comentando las incidencias de lo ocurrido hacía apenas tres horas. Por las ventanas se divisaba la oscuridad de la noche.

—No volaban —dijo casi secamente— se desplazaban por el aire gracias a algún artilugio más o menos interesante.

—Pero usted misma ha dicho que movían las alas.

—El mismo mecanismo que les permitía desplazarse por el aire hacía mover las alas. Estoy segura de que Mc Gee podrá darnos una explicación muy acertada, sobre el asunto.

—Debe de estar a punto de llegar —asintió Cavanagh—. ¡Maldita sea, esto no habría ocurrido si nos hubieran dejado intervenir a nosotros!

—¿Por qué no? —se sorprendió Brigitte.

—Porque esos ángeles no habrían podido llegar hasta la cabaña.

—Claro que sí. No habrían podido llegar si hubieran intentado hacerlo en helicóptero o en coche, pero sí tal como lo planearon. En coche no habrían podido acercarse mucho, y todavía menos

recorrer a pie la distancia desde donde dejaran el coche hasta la casa; y luego, habrían tenido la dificultad, por no decir imposibilidad, de escapar. En helicóptero, habrían sido detectados enseguida, y abatidos antes de que llegaran a la casa. Pero lo hicieron muy bien: llegaron en algún vehículo especial hasta una distancia lo bastante alejada de la casa para que el sistema de protección ni tan siquiera los viese. Luego, silenciosamente, volaron muy bajo por encima de las copas de los pinos, y así, pudieron aparecer prácticamente de pronto en la explanada, y disparar sus armas pintadas de blanco… Ha sido una operación muy bien realizada, hay que admitirlo.

—Una operación que ha costado nueve vidas.

—Ésa es otra cuestión —apretó los labios Brigitte— que a su debido tiempo tendremos en cuenta.

—Supongo que quiere decir que buscará al causante de lo sucedido, pero no va a ser nada fácil. No tenemos ninguna pista, a excepción de las fotografías que usted tomó y que están revelando y ampliando.

—Siempre se deja una pista.

—Digamos mejor —sonrió Cavanagh— que usted siempre encuentra una pista. Cielos, esto va a tener unas consecuencias imprevisibles pero nada agradables. Han muerto los cuatro enviados, así que vaya usted a saber qué pensarán en Irán al respecto. Porque si hubiera quedado uno solo con vida, habría explicado en su país la verdad de lo sucedido, pero tal como han ido las cosas, y muertos los cuatro, Irán e Irak pensarán que todo es alguna extraña maniobra de los Estados Unidos… ¡A ver quién se va a creer eso de los ángeles!

—Podemos publicar las fotografías…, aunque serían inmediatamente acusadas de sur un truco de laboratorio, claro. Y además, no quiero que por el momento sean publicadas, porque prefiero que nadie sepa que las tomé.

—La pregunta es: ¿quién ha podido tramar todo esto? Porque no ha sido Irán, ni ha sido Irak, ¿verdad?

—El origen de la idea de matar a los cuatro enviados no se me ocurre —frunció el ceño Brigitte—, aunque evidentemente ha partido de alguien que no desea que finalice la contienda en Oriente Medio. Esta persona o personas no serán fáciles de encontrar, pero

sí podemos investigar respecto a quién ha delatado el lugar donde se iba a celebrar la reunión.

—Una investigación que sería larguísima, pues deberíamos tener en cuenta a todos los componentes del escuadrón, políticos y diplomáticos enterados de la idea y de algunos pormenores, amigos o supuestos amigos de los cuatro enviados, personal cercano al presidente Reagan y a los gobiernos de Irán e Irak…

—Sí —reflexionó Brigitte—, sería una investigación realmente aburrida. Lo mejor, tal como yo tengo pensado, es ir a por el artífice.

—¿El artífice?

—La persona que organizó la matanza en la cabaña. Esto no lo ha hecho gente ordinaria, ni siquiera gente de alto nivel introducido en círculos políticos o diplomáticos, sino alguien… dotado de mucha imaginación y recursos sorprendentes. Sobre todo, tiene imaginación, y a buen seguro que ha disfrutado planeando el asunto. Tengo la certeza de que es una persona fuera de serie, desvinculada de intereses patrioteros o patrióticos, adepta sólo a sí misma. Es decir, una persona independiente que, a cambio de dinero o de cualquier otra clase o sistema de beneficios, pone su… talento al servicio de otras personas. Todo un artífice de acciones insólitas y peligrosas.

—Seguramente tiene usted razón —admitió Cavanagh—. Pero ¿quién puede ser?

—Uno de tantos locos interesantes con los que me he topado en la vida —sonrió la divina—. Ya lo cazaremos. Porque no crea usted que ha hecho esto y se retira de la circulación, nada de eso. Él volverá a enviar sus ángeles a realizar otro trabajo, ya lo verá. ¡Debe de estar pasándolo en grande!

El teléfono sonó en aquel momento, y Cavanagh atendió la llamada. Estuvo escuchando un par de minutos, sin decir otra cosa que monosílabos, y finalmente colgó.

—No hay pistas en las cercanías inmediatas de la cabaña, aunque la noche está dificultando el rastreo. De todos modos cada vez van ampliando más el círculo, y esperan encontrar algo.

—Pierden el tiempo —encogió los hombros Baby—, pero si eso les tranquiliza, que sigan con ello. Ya le he dicho lo que pienso al respecto: llegaron en un camión, o autocar, o camión-cuba, o

cualquier cosa parecida, y regresaron a él después de la matanza. Estoy segura de que al menos murieron dos de aquellos ángeles, pero su artilugio les permitió seguir volando. Posteriormente sus compañeras debieron de dirigir el vuelo hacia el lugar de la reunión tras la acción.

—No quisiera estar en el pellejo del señor presidente en estos momentos —farfulló Cavanagh.

—Él sigue con vida.

Se miraron, y Cavanagh movió la cabeza. Conocía muy bien a su mejor elemento del Grupo de Acción, la sin par agente Baby, y sabía que ella estaba desaprobando muy buena parte de todo el asunto organizado por la Casa Blanca, y que una vez más se sentía disgustada porque sabía que los ángeles solamente habían podido enterarse de la reunión gracias a una traición; fuese por parte de los norteamericanos, de los iraníes o de los iraquíes, lo cierto era que alguien había delatado el encuentro a… al artífice.

Mc Gee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA, apareció apenas cinco minutos más tarde, más miope que nunca, inconfundible con su cabellera crespa que le confería aspecto de vieja escoba colocada al revés. Brigitte acudió a recibirlo con besos en las mejillas, que como siempre encantaron al viejo genio.

—He pasado a recoger las fotografías que hizo Brigitte —dijo Mc Gee tras las efusiones—. Es claro que esto no son ángeles, sino chicas jóvenes y muy hermosas, cubiertas con mallas de fibra de vidrio. Como las fotografías han sido tomadas desde abajo, no puedo ver qué llevan exactamente en la espalda.

—Pero llevan algo —saltó Brigitte.

—Desde luego. Vea, en esta ampliación se distinguen bien los tirantes bajo las mallas de fibra: pasan por los hombros, la cintura y las costillas. No hace falta ser muy listo para comprender que llevan a la espalda algún sistema de energía que les permite viajar por el aire; ese mismo sistema de energía es el que hace moverse las alas…, pero no «vuelan» debido a la acción de las alas, nada de eso. Yo diría que el movimiento de las alas consume una mínima parte de energía, y ha sido ideado para que un observador corriente vea lo que ellos quieren que vea, es decir, un ángel volando, pero no vuelan debido al movimiento de las alas, sino a la propulsión del artefacto que sin duda llevan a la espalda sujeto por los tirantes. No

es nada demasiado pasmoso, francamente…, aunque no está al alcance de cualquiera fabricar unos aparatos así.

—¿Está al alcance de usted? —sonrió Brigitte.

—Desde luego que sí. Con un pequeño problema: no sé qué energía utilizan esos ángeles, y dudo que nosotros dispongamos de nada tan eficaz, es decir, que genere tanta energía sostenida con tan poca carga. O se trata de un nuevo combustible, o alguien con mucho talento sabe aprovechar muy bien los ya existentes.

—O sea, que usted no podría fabricarme un artefacto como los que supone llevaban los angelitos.

—Si la NASA me facilita su combustible especial, sí.

—Pues pídaselo a la NASA Si es necesario comuníquese con el general Devoshire Webbs y dígale que es para mí.

—Mágicas palabras —sonrió Mc Gee—. En cualquier caso, fabricarle unas alas y un sistema de propulsión no será cosa de cuatro días, querida.

—Lástima —frunció el ceño Brigitte—. Me habría gustado poder tomarles fotografías desde arriba a esos ángeles de guerra.

—Buena definición —exclamó Cavanagh— ángeles de guerra… ¡Muy apropiada!

—Aunque ni siquiera vale la pena que se moleste usted en fabricarme ese artilugio, Mc Gee —sonrió Brigitte tras reflexionar— ya se lo quitaré a uno de esos ángeles cuando volvamos a encontrarnos. La suerte que tuvieron esta vez fue que yo acudí desarmada a la reunión…, porque les aseguro que yo les habría disparado a la cabeza, no al cuerpo.

—Pero habrían seguido volando —dijo Me Gee—. Siempre hay sistemas automáticos para todo.

—Sí, claro. Bien, pasaré la noche aquí, por si mañana temprano se ha conseguido alguna pista. Si no es así, regresaré a casa…, a la espera de una nueva acción de los ángeles de guerra.

* * *

—O sea —dijo Frankie—, que unos ángeles malos quisieron matar a un angelito bueno.

—Los ángeles no existen, Frankie —rió Brigitte—. Y en cualquier caso, no venían a por mí, sino a por los cuatro enviados de Oriente

Medio. La prueba está en que sólo me hicieron caso cuando debieron de darse cuenta de que estaba tomándoles fotografías, y que se fueron en cuanto se aseguraron de que los iraquíes y los iraníes estaban muertos y bien muertos.

—Será «mal muertos».

—Tienes razón, porque nunca se está «bien» muerto. Aunque algunas personas, bien o mal, merecen estar muertas.

—Por ejemplo, el Artífice. ¿Qué piensas de él?

Brigitte encogió despectivamente los hombros.

—Una vez más aparece en mi camino alguien dedicado a ganar dinero en cantidades masivas sirviendo ideas o conveniencias bélicas. El Artífice no es más que un… mercenario con imaginación y recursos. Tú y yo hemos conocido mucha gente así. Él sólo me interesa como… curiosidad. Mi interés está centrado en averiguar quién o quiénes sabotearon la reunión, es decir, quién o quiénes pagaron al Artífice para que nos atacara.

—En definitiva, hay personas que desean que prosiga la guerra entre Irán e Irak.

—Siempre hay gente que medra con las guerras, Frankie. Bueno, ¿me invitas a cenar al restaurante chino sí o no?

—¡Cómo que si te invito…! No sólo eso, sino que para dar realce al acto voy a convertirme en mandarín, y haré que a ti te nombren Reina de la China.

—No creo que te hagan caso —rió Brigitte.

—Bueno, pues que te nombren reina de mi corazón.

—Eso ya lo soy, ¿no?

—Es que ahora tengo dos corazones.

Peggy, el ama de llaves de Brigitte, que se disponía a servirles la segunda copa de champán, se quedó mirando atónita a Frankie, pero no así Brigitte, que ya se esperaba alguna broma de su más querido amigo.

—Bueno —dijo—, si tienes dos corazones me querrás más. ¿O quizá vas a decirme que uno de esos corazones lo has entregado a otra mujer?

—No. Nunca. Si tengo dos corazones es para amarte más y mejor. Resulta que un día me dije: si me muero ya no podré seguir amando a Brigitte, porque se me parará el corazón. De modo que me hice poner uno de plástico.

—¿Llevas un corazón de plástico? —exclamó Peggy.

—Exacto.

—Vamos, Peggy, no seas tonta —la reprendió Brigitte—. ¡Claro que Frankie no lleva un corazón de plástico!

—Que sí —aseguró Minello—. Ya verás… Pensé que si me moría y se me paraba el corazón dejaría de amarte, de modo que me hice implantar un corazón de plástico con pilas que activan una cinta grabada de duración eterna que dice: «Amo a Brigitte, la reina de mi vida, y de mi muerte. Amo a Brigitte, la reina de mi vida y de mi muerte. Amo a Brigitte, la reina…». ¿Comprendes?

—Claro que comprendo… —murmuró Brigitte— pero me habría gustado más que se detuviera tu corazón de plástico y continuara funcionando el otro, el tuyo verdadero.

—Sí, ya lo pensé, pero no se me ocurre cómo conseguirlo.

—Es una lástima: las personas tomo tú no deberían morir nunca.

—Zambomba, ¡tampoco soy tan guapo! —sonrió Minello.

—Ya lo creo que sí que eres guapo —aseguró la espía.

Se puso en pie, se inclinó para besar a Minello en los labios, y se dirigió hacia el fondo del salón de su apartamento, donde había recibido una hora antes a Minello. Se volvió antes de abandonarlo.

—Voy a revisar unos artículos y luego me bañaré y me acicalaré para que cuando me nombren Reina de China no te avergüences de mí… —dijo—. ¿Te parece bien que nos encontremos a las ocho en el restaurante?

—Y luego podríamos ir a tomar una copa —sugirió Frankie.

—¿Y a bailar? —sonrió la divina.

—¡Ay! —Puso los ojos en blanco Frankie, mientras se llevaba una mano al corazón—. ¡Ay, esto es demasiado! ¡Pum! ¡Se me ha parado el corazón!

—¿Cuál? —saltó Peggy—. ¿El tuyo o el de plástico?

Brigitte soltó una carcajada, y abandonó el salón. Efectivamente tenía algunas cosas que hacer aquella tarde.

A las siete y media, siempre con tiempo sobrado según su norma y costumbre, Brigitte abandonaba su apartamento, resueltos todos sus asuntos y bañada y apenas perfumada. Titubeó entre utilizar el coche o ir al restaurante en taxi, pero decidió coger el coche, de modo que pulsó el botón del ascensor que indicaba su planta del garaje.

Cuando apareció en éste todavía sonreía recordando la conversación con Minello y su nuevo corazón de plástico con la grabación de juramento de amor eterno. Había muy pocas personas en el mundo como Frank Minello, desdichadamente…

Iba tan abstraída en estos pensamientos que tardó un par de segundos en asimilar plenamente que estaba oyendo el taconeo de zapatos femeninos acercándose a ella. Volvió la cabeza sin mayor interés, y vio las dos chicas altas, esbeltas, espléndidas, que caminaban tras ella, acercándose. Los tacones de sus zapatos impactaban en el cemento con fuerza y ritmo. Una de ellas era rubia, la otra pelirroja, y ambas altas y elegantes, elásticas fuertes… Una le sonrió como en amable saludo, y a su vez la espía más peligrosa del mundo sonrió a la muchacha.

Luego, continuó caminando hacia donde tenía su coche, oyendo perfectamente tras ella las pisadas de las dos muchachas, que se iban acercando como casualmente.

«—No me van a atacar aquí —pensó Brigitte con tremenda lucidez—. Esperarán a que esté junto al coche, para meterme dentro sin problemas o bien ocultar mi cuerpo debajo o entre el coche y la pared, según pretendan capturarme o solamente matarme…».

Sin embargo, volvió de nuevo la cabeza, impulsada por su intuición que tantas veces la había ayudado a salir de apuros mucho más graves del que significaban dos jovencitas.

Y de nuevo su intuición resolvió el problema. Justo cuando ella volvía la cabeza, una de las muchachas lanzaba el primer navajazo hacia sus riñones, y la otra echaba el brazo hacia atrás, igualmente armada su mano de aguda y reluciente navaja.

Viendo venir la reluciente hoja, Brigitte giró y desvió la dirección de su marcha en una especie de paso de *ballet* velocísimo que hizo lanzar una exclamación a su atacante, y que desconcertó por un instante a la otra. La navaja de la primera, que habría partido un riñón de la espía, se clavó con blando impacto en su costado derecho, produciéndole una especie de calambre helado. Pero, mientras tanto, el puño derecho de Brigitte, fuertemente cerrado, salía disparado hacia el rostro de la agresora. El impacto alcanzó a ésta en plena barbilla, y las consecuencias fueron espectaculares y tremendas: la barbilla se partió, como si fuese de barro y el puño de la espía un proyectil de hierro, y la cabeza fue

sacudida tan brutalmente hacia atrás que la base del cráneo se partió y dos vértebras saltaron de su emplazamiento.

La muerte de la pelirroja fue fulminante; ya era cadáver mientras parecía volar hacia atrás en un recorrido no inferior a los tres metros, para caer como un saco lleno de arena al durísimo suelo del garaje.

La otra bella joven estaba atacando a Brigitte, pero ésta ya estaba en juego, la sorpresa ya no existía, y ciertamente no era momento para consideraciones, así que esquivó la acometida girando y alejándose, se volvió velozmente, sonrió con gesto de fiera al ver el gesto de susto y desconcierto de su segunda agresora, que se tambaleaba, y efectuó otro paso de *ballet,* giró, y alzando la pierna derecha hundió la punta del pie bajo la barbilla de la muchacha, que cayó sentada soltando la navaja y poniendo los ojos en blanco. Brigitte se acercó a ella, y de nuevo la golpeó con el pie, ahora en el seno izquierdo. La muchacha ya ni siquiera reaccionó: como convertida en una estatua de blanco yeso terminó de caer de espaldas, y quedó inmóvil.

No había nadie más en el garaje, en aquel momento.

Brigitte agarró a una y otra por la ropa de la espalda, y las arrastró la escasa distancia que ya la separaba de su coche. Abrió el maletero, metió dentro a la chica muerta, y acto seguido a la desvanecida. La respiración de la espía apenas estaba agitada.

Cerró el maletero, y salió del garaje, regresando a su apartamento, donde Peggy sé quedó mirándola expectante.

—¿Ha olvidado algo, señorita?

—Sí. Y no voy a poder ir a cenar con Frankie, pues de repente he recordado que tengo pendiente algo importante. Díselo cuando me llame por teléfono, y que ya le avisaré cuándo podemos volver a vernos.

—Se enfadará.

—Sí, pero se le pasará pronto.

Entró en su dormitorio, sacó del armario el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y tras titubear respecto a si llamar o no a Pitzer por medio de la radio, decidió no hacerlo, por el momento. Al salir del dormitorio se tropezó de nuevo con Peggy, que miró con expresión asustada el maletín de la agente Baby.

Ésta la amenazó con un dedo.

—Y ni una palabra a Frankie respecto a que he salido con el maletín, ¿entendido?

—Sí, señorita.

Dos minutos más tarde, Brigitte estaba de nuevo en el garaje, donde saludó a un matrimonio anciano que vivía en el piso veintiocho, y al que conocía desde siempre. Sin brusquedades que habrían resultado sorprendentes en la amable y hasta cariñosa señorita Montfort, pero sin dar oportunidad a entablar conversación, Brigitte fue de nuevo hacia su coche, cuyo maletero abrió.

La muchacha aturdida continuaba igual. Abrió el maletín, sacó esparadrapo, y con varias tiras la ató de pies y manos fuertemente y finalmente la amordazó. Cerró el maletero, se puso al volante, y a los pocos segundos rodaba en dirección a la rampa.

Tenía las ideas muy claras respecto a sus próximos pasos: iría a su escondrijo secreto de la ciudad, y allí sometería a tal interrogatorio a la sobreviviente de la agresión que la muchacha le contaría toda su vida sin omitir detalle…, empezando por revelarle dónde podía conseguir unas alas de ángel… Porque si de algo no tenía duda la agente Baby era de que las dos jóvenes y hermosas asesinas eran ángeles del Artífice, el desconocido imaginativo cuya intervención había frustrado la reunión del día anterior en la cabaña de caza.

¡Cabaña!

Claro, es que todo es relativo en la vida… Para muchas personas aquella «cabaña» era un palacio; para otras, era eso, una «cabaña», pues estaban acostumbradas todavía a mayores lujos, espacios y riquezas…

No llevaba ni siquiera un minuto circulando por la Quinta Avenida cuando Brigitte se dio cuenta de que llevaba tras ella un automóvil en el que viajaban dos hombres.

De modo que cambió de planes.

Capítulo III

No hizo el camino de siempre que se dirigía a su cabaña junto al lago (y lo suyo sí era una cabaña; acogedora y encantadora, pero cabaña), sino que tomó otras carreteras, alcanzando finalmente la que se había propuesto, es decir, la 22 Estatal, el pequeño tramo apenas transitado que unía otras dos carreteras asimismo no demasiado frecuentadas.

El coche con los dos hombres seguía detrás. Es decir, que o bien creían que ella era tonta, o no les importaba que se diera cuenta de que la estaban siguiendo. Posiblemente, ni siquiera les preocupaba el hecho de que ella continuara con vida. Seguramente ni se les ocurría que sus dos amigas habían tenido un percance, sino que debían de pensar que, o bien no la habían visto, o por alguna circunstancia imprevista no habían podido atacarla.

De pronto, los faros del coche perseguidor comenzaron a acercarse más y más.

Es decir, que ya no se conformaban con seguirla, sino que iban a pasar a la acción directa. Y recordando lo que habían intentado las dos muchachas…

¿Qué podía pensar Brigitte sino que los dos sujetos pretendían lo mismo, o sea, matarla?

Ningún problema, porque ya lo había previsto, y aprovechando las paradas del camino en semáforos y cruces, la espía había preparado ya su tubo-fusil, que estaba incluso cargado con una de las espectaculares ampollas de gas incendiario.

Bajó el cristal de la ventanilla, detuvo el coche, salió rápidamente, y apuntó con el tubo-fusil al coche que se acercaba, y que de pronto redujo considerablemente la velocidad, sin duda debido al desconcierto del conductor al ver a su pieza ponerse a tiro tan fácilmente.

Aunque nunca hay que fiarse de las apariencias.

Y menos, en cuestiones de espionaje.

Sencillamente, la señorita Montfort apuntó al coche perseguidor con su tubo-fusil, y apretó el disparador. Se oyó un levísimo zumbido, y la ampolla de gas incendiario partió hacia el otro coche, sin que la espía se inmutara por la proximidad del mismo. A fin de cuentas, todo estaba calculado: al verse de pronto envuelto en llamas el conductor del otro coche debía sobresaltarse; tanto, que soltaría el volante, o lo movería bruscamente hacia un lado, o, en fin, haría cualquier tontería que, inevitablemente, desviaría la trayectoria del vehículo…

Es decir, que éste iría hacia cualquier lado menos por la carretera y de modo normal.

Y así fue: el resplandor del gas al incendiarse permitió a Brigitte ver por un instante los rostros de los dos hombres, por supuesto presas de un gran sobresalto.

Ya no vio nada más. El coche se salió por la izquierda de su marcha, rebotó en el arcén, volvió a rebotar al rebasar éste, dio una vuelta de campana ya completamente envuelto en llamas, y fue a estrellarse contra un enorme pino, que inmediatamente también se convirtió en una antorcha.

—Lo siento por el pino —dijo la señorita Montfort.

Regresó al interior del coche, lo puso de nuevo en marcha, y se alejó rápidamente de aquel lugar. Se detuvo unos cinco kilómetros más adelante, y ya cerca de la carretera en dirección a su cabaña junto al lago. Recurrió a la radio de bolsillo, adaptándole el suplemento de larga distancia que llevaba en el doble fondo del maletín. Aun así, tardó casi un minuto en conseguir contacto con alguien de la CIA.

—¿Sí? —Sonó la voz masculina—. ¿Quién llama?

—Soy Baby, Simón.

Silencio al otro lado. Un silencio tan prolongado que Brigitte insistió en la llamada.

—¿Simón? ¿Me está oyendo, Simón?

—Seguro que sí… Pero todavía me estoy recuperando del desmayo producido por la emoción. Bueno, demuéstrame que usted es Baby.

—Acabo de incendiar un coche en el que viajaban dos hombres que me seguían a un lugar al cual no quiero que me siga nadie.

Llevo en el maletero a dos mujeres que han pretendido matarme: una de ellas está muerta, y la otra va a tener que contestar a muchas preguntas dentro de poco. El coche que he incendiado se halla en la carretera 22, al pie de un pino que también se ha incendiado… Quiero que llamen al servicio forestal, y que vengan con ellos, para hacerse cargo de ese coche y de los dos cadáveres, de los cuales no debe trascender absolutamente nada por ningún conducto; vamos, como si se los hubiera tragado la tierra, coche incluido. ¿Tiene alguna duda?

—Ninguna en absoluto. Nos hacemos cargo de ello inmediatamente.

—Gracias, Simón. Besos.

—Ya puedo morir feliz.

—Es mejor vivir feliz —aseguró Brigitte. Cerró la radio y continuó su camino.

* * *

La rubia estaba recuperada cuando por fin fue abierta la tapa del maletero. Lo primero que percibió fue la oscuridad de la noche salpicada de estrellas y como aclarada por la luz de la Luna, la cual no pudo localizar.

Lo que sí localizó perfectamente fue el rostro femenino que se inclinó sobre ella, y que pudo reconocer. A decir verdad, la rubia sabía que mientras viviera nunca olvidaría aquel rostro…, pero no con la habitualmente dulce expresión de la señorita Montfort que todos conocían, sino con aquella expresión gélida que había visto en el rostro de la periodista mientras ésta se libraba de ella y de su compañera en un abrir y cerrar de ojos.

Brigitte cortó la tira de esparadrapo que sujetaba los pies de la rubia, y la ayudó a saltar a tierra, pues la prisionera estaba bastante entumecida. Ahora sí podía ver la Luna, y, justo como debajo de ella, la cabaña en la que no había encendida ni una sola luz. Al volver la cabeza para localizar a la señorita Montfort vio el reflejo de la luz lunar en las quietas aguas del lago.

—Es un lugar encantador —dijo la señorita Montfort—, pero a ti no te lo va a parecer en absoluto. Camina.

En alguna parte se oía croar de ranas. Y eso era todo. Era un

silencio insólito, al que la rubia no estaba acostumbrada; un silencio no de muerte, sino de paz, de sosiego, como acompañado por la insólita orquesta que formaban la ranas croando. La prisionera se estremeció al recordar el frío que había estado sintiendo a medida que el cadáver de su compañera se iba enfriando. El frío de la muerte, del que tanto había oído hablar, pero del que no tenía experiencia ninguna, pues ella mataba y escapaba, escapaba siempre… Sólo ahora se daba perfecta cuenta de lo terriblemente fríos que van quedando los muertos…

Brigitte abrió la puerta de la cabaña, encendió la luz, y empujó a la rubia. Entraron en el acogedor saloncito, y Brigitte señaló uno de los sillones, en el que la rubia se sentó. Brigitte le quitó entonces la mordaza.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

La rubia se quedó mirándola fijamente, sin responder. Brigitte pareció sorprendida; luego sonrió, y dijo:

—Ve tomando aliento, pues dentro de poco seguiremos esta conversación.

Se fue al cuarto de baño, se desnudó completamente, y tiró el vestido ensangrentado al incinerador. La herida del costado no era gran cosa, pero resultaba molesta y lógicamente dolorosa. Se hizo una cura con material que obtuvo del botiquín; fue al dormitorio, y del armario sacó unos pantalones y un jersey, que se puso rápidamente… Ni por un instante había dejado de atender con su fino oído los posibles movimientos de su prisionera, y por eso, cuando salió del dormitorio para ir al saloncito sonreía secamente.

En efecto, la prisionera estaba allí, junto a la entrada al saloncito, y la recibió con un terrible puntapié que sin duda habría abatido a Brigitte en muy mal estado si la hubiera alcanzado, pues iba dirigido al sexo.

Simplemente, con graciosa facilidad y elegancia, la espía desvió la trayectoria del pie de la rubia con un antebrazo, haciéndola girar de modo que quedó exactamente de frente a ella. Y entonces fue Brigitte la que aplicó el puntapié entre las ingles de la rubia, que lanzó un bramido, puso los ojos en blanco, y se desplomó sin sentido.

Cuando abrió los ojos, la señorita Montfort estaba sentada en el sofá, y en la mesita colocada ante ella tenía unos apetitosos

sandwiches y una botella de champán y una copa.

—Es que tenía que cenar con un amigo, pero vosotras me habéis fastidiado la fiesta. ¿Cómo te llamas?

La rubia se quedó mirando los azules ojos fijos en ella, y terminó por comprender que, voluntariamente o involuntariamente, a ella y a su compañera las habían engañado, que la señorita Montfort no era una víctima de lo más fácil de cobrar; es más, intuyó que estaba en el más grande apuro de su vida.

—Kate Seldon —dijo con voz quebrada.

—De acuerdo, Kate. ¿Eres uno de los ángeles de guerra?

—¿Qué?

—Ya sabes, esas preciosas chicas que vuelan al parecer desnudas y provistas de angelicales alas. ¿Eres una de ellas?

Kate Seldon permaneció en silencio. Brigitte terminó uno de los *sandwiches*, bebió un sorbito de champán, y sonrió.

—¿Eres una de ellas? —insistió, muy suavemente.

Kate Seldon tragó saliva y asintió. Brigitte asintió a su vez, como aprobando el comportamiento de la bella rubia.

—¿Para quién trabajas?

—Para Angelikus.

—Angelikus. Qué gracioso. Bueno, he conocido tipos y nombres de todas clases, de modo que no voy a sorprenderme demasiado. En cierta ocasión conocí a un cretino que se hacía llamar Luciferius[1] … Sí, sí, te lo aseguro. Decía que era el rey de los infiernos, o algo así, y quería incendiar el mundo con todo el petróleo de éste. Me parece que era algo así… —La divina espía frunció el ceño—. Ha pasado tanto tiempo y me han pasado tantas cosas que algunos detalles de mi vida comienzan a difuminarse. ¿Has oído hablar de la agente Baby de la CIA?

—No… No.

—¿De veras? Bueno, mejor para ti. Y ello me indica que no eres una espía, desde luego. Así pues, digamos que entras en la clasificación de asesinas profesionales civiles. ¿Estás de acuerdo?

La rubia no contestó.

Brigitte tomó otro sorbito de champán, terminó el segundo sándwich, y encendió un cigarrillo.

—Por supuesto que eres una asesina. ¿De qué otro modo podría clasificarse a una persona que va a matar a otra porque así se lo han

encargado? De modo que tú y tu compañera sois asesinas profesionales, y Angelikus os envió a matarme, ¿de acuerdo?

—Nos envió uno de los subjefes de Angelikus.

—Ah, sí, claro, ya conozco ese estilo de trabajo, y los diversos escalafones dentro de una caterva de granujas. ¿Tú no sabes dónde está Angelikus?

—No… No. ¿Puedo… sentarme en un sillón?

—Ya veo que te gusta la comodidad. De acuerdo, hazlo.

Kate Seldon se puso lenta y dificultosamente en pie, y fue a dejarse caer en un sillón. Estaba lívida, y tenía la sensación de que desde sus entrañas, un dolor ardiente y horrible se disparaba con intermitencias hacia su pateado sexo. En realidad sentía náuseas, y temía desmayarse de nuevo de un momento a otro.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese subjefe? —preguntó Brigitte.

—No sé dónde… dónde está ahora. Él y otro nos llevaron en coche a Magda y a mí hasta cerca de su apartamento.

—Oh, no —se lamentó Brigitte—. ¿De modo que eran los dos tipos que me seguían con el coche? Pues te has quedado sin subjefe, amiguita. ¿Eres una de las que tomaste parte en el asunto de los enviados de Oriente Medio? Y no me vengas con mentiras. Dispongo de todo el tiempo que quiera para hacerte trizas y obligarte a decirme todo cuanto me venga en gana. ¿Lo entiendes?

—Sí… Sí.

—¿Fuiste uno de los ángeles del bosquecillo?

—Sí.

—¿Quién preparó la operación?

—No lo sé. Nosotras estábamos en Sky, nos seleccionaron a unas cuantas, y nos dieron las instrucciones en una de las aulas…, pero nunca nos dan más explicaciones.

—Claro. ¿Qué es eso de Sky?

—El cuartel general.

—Ya —la espía más peligrosa del mundo sonrió encantadoramente—. Claro: si sois angelitos tenéis que vivir en el Cielo[2]. O sea, que todos los ángeles de guerra estáis… acuarteladas en Sky, y cuando son necesarios vuestros servicios envían allá instrucciones, uno de los… profesores o entrenadores os explica detalladamente el plan a realizar, os trasladan al lugar de la acción, y entonces hacéis vuestro trabajo conforme a las

instrucciones recibidas.

—Sí… Exactamente.

—Exactamente. Ya. Veamos: ¿tampoco sabes dónde está vuestro cuartel general?

—Con exactitud no, suponemos que está cerca de Myrtle Beach, pero no sabemos nada más, pues nos llevan allá desde el Red Fish Parador.

—A ver si he deducido bien el asunto: os contratan por ahí, os reúnen en el Parador Pez Rojo, y entonces os llevan al Cielo, es decir, al cuartel general. Pero os llevan en un camión cerrado o algo así, de modo que nunca sabéis exactamente dónde está el Cielo. Y para trasladaros fuera del Cielo hacia uno de vuestros trabajos se hace por el procedimiento inverso…, después de que vuestros subjefes, entrenadores y profesores de maldades sin cuento os han dicho a quién o quiénes y cómo tenéis que asesinar. ¿Correcto?

—Sí.

—Apuesto —sonrió de nuevo Brigitte— que es de lo más emocionante volar. ¿Te lo pasaste bien ayer disparando cohetes contra los allí reunidos?

—Simplemente hacía mi trabajo.

—Zambomba, tienes razón. ¿Sabes dónde podría conseguir un par de esas preciosas alas?

—En el Cielo… ¿De modo que es usted una espía?

—En efecto.

—¿De la CIA?

—De la CIA. Pero claro, esto es un gran secreto, de modo que quien os envió a eliminar a la señorita Montfort no podía saberlo…, lo cual me tranquiliza mucho, pues si hubieran sabido que yo soy Baby habría significado que la traición habría partido del grupo norteamericano.

—No comprendo.

—Ni falta que te hace. ¿Os enviaron a eliminarme porque yo había tomado fotografías vuestras?

—Sí. Teníamos que matarla, quitarle las llaves de su apartamento y subir a buscar las fotografías.

—¡Qué cosa tan tonta…! ¿Cómo podíais estar seguras de que las fotografías todavía las tenía yo?

—Porque si no fuese así, si usted las hubiera entregado a alguien

para publicarlas, ya habrían aparecido en los periódicos. Había dos posibilidades: una, que usted las hubiera entregado a alguien del personal directo del presidente Reagan, y dos, que se las hubiera guardado a la espera de la ocasión propicia para publicar un reportaje sensacional.

—O sea, que tenéis gente que realmente piensa. Veamos: esa localidad llamada Myrtle Beach… ¿es la que está en Carolina del Sur?

—Sí.

—Bien. ¿Has visto alguna vez a Angelikus?

—No, nunca. Y la verdad es que, como a todas, me gustaría conocerlo.

—No te preocupes, que vas a conseguirlo muy pronto, cuando él llegue a reunirse contigo… pero no en el Cielo, sino en el infierno.

Kate Seldon miró entre incrédula y aterrada a la señorita Montfort, en cuya mano derecha había aparecido de pronto una diminuta pistola. Hubo en los hermosos ojos de la rubia prisionera como un destello casi de burla, como si tuviera la certeza de que la periodista no se atrevería a disparar contra ella, a matarla a sangre fría…

Plof, disparó Baby su pistolita de cachas de madreperla.

Luego, terminó de cenar su simpático condumio de *sandwiches* y champán. Dom Perignon, por supuesto.

* * *

Y al tercer día sucedió.

Habían llegado primero dos chicas juntas, y luego, por separado, un total de cuatro más. Es decir, seis bellas y jóvenes mujeres. Demasiadas para que fuese casualidad, y todas por la tarde y a partir de las cinco. Los dos días anteriores, ciertamente, habían llegado al Red Fish Parador algunas que otras mujeres más o menos hermosas y más o menos jóvenes, pero su permanencia en el lugar había sido breve, evidentemente el tiempo de tomar un café o un refresco y charlar un poco si iban acompañadas, que era lo más frecuente.

Pero aquella tarde del tercer día habían llegado ya demasiadas chicas guapas, y además sin compañía masculina, para admitirlo

como casualidad. Además, ninguna de ellas había llegado en vehículo propio, lo que era otro claro indicio de que para marcharse de allí contaban con algún medio previsto. Unas habían llegado en autocar, otras en autoestop…

Mucho tenía que equivocarse la señorita Montfort si aquel no era el día y la hora en que se procedía a la «recogida» de los futuros ángeles de guerra.

Es decir, que la paciencia daba frutos una vez más. Se había pasado casi setenta horas espiando el Red Fish Parador desde lejos, con prismáticos, y al fin había conseguido lo que quería, es decir, ver aparecer a las últimas reclutas que tenían que ser llevadas al Cielo para convertirlas en ángeles de guerra.

Muy bien.

La señorita Montfort guardó los prismáticos en la bolsa de lona que tenía junto a ella, cargó con ésta, y se encaminó halla el Red Fish Parador, pero no directamente, sino dando un pequeño rodeo que la llevaría a la parte de atrás.

Apenas quince minutos más tarde, escondida tras uno de les gruesos pinos, veía perfectamente la explanada de aparcamiento del parador, de la que en aquel momento partía un automóvil. Ni siquiera cinco minutos más tarde llegó otro coche, que se detuvo tan cerca de la carretera que Brigitte comprendió que llegaba otra de las chicas.

En efecto. La portezuela delantera derecha se abrió, y se apeó una joven alta y espléndida, de densa cabellera rubia y lacia, de la que Brigitte llamaba «de estilo vikingo». La chica dijo algo al conductor, rió, y cerró la portezuela. El automóvil continuó carretera adelante, y la chica, que llevaba por todo equipaje un pequeño maletín azul, se volvió hacia el parador, cuyas luces se habían encendido ya, pues comenzaba a anochecer.

Ni siquiera había dado media docena de pasos hacia el parador la recién llegada rubia cuando Brigitte se dejó ver, haciéndole señas. La rubia la miró, titubeó brevemente, y desvió la marcha, acercándose a Brigitte, que retrocedía hacia los pinos. Sabía perfectamente lo que la otra estaba pensando: que ella era una más de las chicas citadas allí, o que formaba parte de alguna manera de la organización que la había contactado…

Y no se equivocaba ni una pizca, porque la otra la siguió sin

desconfianza alguna, y cuando se detuvo Brigitte y ella la alcanzó, preguntó:

—¿Ocurre algo? Creía que teníamos que entrar en el parador para ser recogidas…

Recibió justo sobre el seno izquierdo el tremendo impacto del puño derecho de Brigitte, palideció como si llevase muerta varias horas, y sus ojos giraron hasta mostrar solamente la blancura de la córnea, mientras se desplomaba hacia atrás como muerta.

Brigitte ni se molestó en amortiguar el golpe de la caída. Luego la agarró por las axilas, la enderezó, y se la cargó en un hombro, desapareciendo con ella bosquecillo adentro. No caminó ni siquiera un minuto antes de considerarse a salvo de miradas inconvenientes. Depositó a la muchacha en el suelo, y vació el contenido de su maletín azul sobre la pinocha.

Seleccionó rápidamente los objetos que era imprescindible que examinase, como la documentación, evidentemente; la muchacha se llamaba Stephanie Colby, tenía veintiocho años, y era natural de Illinois. Había algunas llaves, dinero, cigarrillos, un encendedor con música (chocante en verdad), y unas compresas, cosa que hizo sonreír mordazmente a Brigitte, al comprender que la infortunada criatura tenía la menstruación. Un detalle a tener en cuenta.

La espía más peligrosa del mundo abrió su propia bolsa de lona, y de entre todo el equipo que contenía eligió la peluca rubia, muy parecida a la cabellera natural de Stephanie Colby. Se la puso, y luego echó un vistazo a la fotografía de la documentación de la muchacha. No le gustó mucho el resultado, de modo que procedió a deteriorar la fotografía hasta que, cuando menos, nadie pudiera estar seguro de que ella no era la Stephanie Colby de la fotografía. Desnudó a la muchacha completamente, se desnudó ella, y se puso las ropas requisadas. En el maletín azul metió el paquete de cigarrillos con la pequeña radio camuflada en su interior, y algún pequeño truco más. La pistolita de cachas de madreperla la escondió en las braguitas, sonriendo.

Terminada su adaptación a la nueva personalidad, Brigitte llamó por la pequeña radio.

—¿Sí? —Sonó la voz masculina.

—Todo en marcha. Les dejó aquí dormida a una frustrada ángel de la guerra, cuyo nombre es Stephanie Colby, y me dirijo al

parador usurpando su lugar. Insisto por última vez: manténganse a la escucha, pero alejados físicamente de mí. ¿Está claro?

—Desde luego. Pero… ¿qué pasará si la llevan a más de cincuenta millas de nosotros, es decir, fuera del alcance de su radio?

—Pasará lo mismo que ha pasado otras veces: que tendré que arreglármelas sola. ¿Han conseguido alguna información interesante rastreando las huellas de mis agresoras de Nueva York?

—Por el momento, no. Pero siguen en ello. Se me ha encargado que le pregunte qué hacen con los cadáveres, pues ya no les sirven de nada.

—Que los incineren. Y hagan lo mismo con Stephanie Colby: tomen sus huellas y demás datos posibles, y cuando ya no sirva de nada, incinérenla.

—Pero… esa tal Stephanie todavía está viva, ¿no?

—Sí.

—Entonces…, ¿cómo la vamos a incinerar?

—Tienen dos opciones: a) matarla antes de incinerarla, y b) incinerarla sin molestarse en matarla.

Cerró la radio, la guardó en el maletín azul de la rubia, y examinó a ésta, pensando que quizá la había matado con el tremendo *tsuki* al corazón. Pero no era así. Había calculado bien la potencia del golpe, pues quería viva a la muchacha para que, antes de ser eliminada del mundo de los vivos, fuese bien interrogada y aprovechada por sus Simones. La durmió con una capsulita de gas cuya duración era de dos horas, se aseguró de que no quedaba en ella ningún detalle que pudiera complicarle la vida, y se encaminó resueltamente hacia el Red Fish Parador.

Capítulo IV

—Hola, ¿qué tal? —saludó la hermosa morena, sentándose a la misma mesa que ella, dándole frente.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Estupendamente —rió la morena—. Me llamo Eleanor. ¿Y tú?

—Yo no.

Se quedaron mirándose, la morena pasmada. Pero de pronto se echó a reír. Las otras chicas que había en el Red Fish Parador, sentadas por separado y como vigilándose unas a otras, las miraron inexpresivamente, y sólo un instante. En el parador había algunas personas más, aparte de las hermosas chicas, ya ocho en total, sin contar a Stephanie Colby, que había sido la penúltima en llegar. La última había sido Eleanor, pero ésta, en lugar de hacer como las anteriores incluida Stephanie, no había ido a sentarse en solitario, sino que tras echar un vistazo había seleccionado primero a una de las chicas y luego a otra… Stephanie era la tercera a la que se dirigía, tras haber sido rechazada, evidentemente, por las otras dos.

—¿Me invitas a fumar? —pidió Eleanor, todavía riendo.

—Bueno, pero no te acostumbres.

Eleanor volvió a reír. Encendió un cigarrillo que tomó del paquete que Stephanie había dejado sobre la mesa. Las otras chicas parecían haberse desentendido de ellas. Eleanor titubeó y dijo:

—En serio. ¿Cómo te llamas?

—¿Por qué he de decírtelo?

—Bueno, las dos estamos en lo mismo, ¿no? Seguramente pasaremos algún tiempo juntas, y no veo por qué no hemos de ser buenas compañeras desde el principio.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Oh, vamos —pareció disgustarse Eleanor—, no seas igual que las otras, tan estúpidas y desabridas. Puedo señalarte sin el menor error a todas las chicas que hay en el local esperando a ser

recogidas, como tú y yo. Mira, a mí me contrataron porque soy joven, hermosa y soy capaz de hacer cualquier cosa… Me citan aquí, vengo, y me encuentro con unas cuantas chicas igualitas a mí en líneas generales… ¿Qué puedo pensar al respecto?

—Que hay muchas chicas guapas en el mundo —sonrió Stephanie.

—En el mundo, sí, pero… ¿precisamente hoy han coincidido aquí casualmente nada menos que ocho?

—La vida está llena de casualidades.

—O sea, que tú también eres estúpida.

—No, no lo soy, querida. Eres tú quien resulta demasiado curiosa y entrometida. Además, ¿no se te ha ocurrido pensar que alguna de las hermosas chicas que hay en el local sí podría estar aquí casualmente y que tu conversación puede haberla desconcertado e incluso hacerla entrar en sospechas de que aquí está ocurriendo algo raro?

—¡Bah! La gente no suele tener nada en la cabeza. No piensa. Sólo vive, igual que animalitos en un gigantesco corral. Desde que son pequeñitas les enseñan lo que han de hacer con sus vidas, y los pobres cretinos y cretinas van y lo hacen, de modo que mueren sin haberse enterado de lo que es realmente vivir.

—¿Y tú sí te estás enterando?

—Digamos que, al menos, yo hace tiempo que dejé de creerme todo lo que decían mis padres y demás personas de supuesta buena fe. Mira, encanto, éste es un mundo para animales depredadores y para las víctimas de esos animales depredadores, así que dime qué prefieres ser: ¿depredador o víctima?

—Me parece que debe de ser interesante hacerse amiga tuya —casi rió Stephanie, tendiendo la mano por encina de la mes—. Soy Stephanie Colby.

—¿Colby? ¡Eso sí es un apellido, y no el mío! El mío es horrible, te lo aseguro: Tubbs.

—Zambomba: Tubbs. Realmente, no es muy bonito, no. De todos modos, no comprendo que el mío te resulte tan admirable.

—Colby. ¿No comprendes? Colby es el apellido de esa familia de la serie de televisión llamada Dinastía. ¡No me digas que no ves televisión!

—Oh, sí. Pero no se me ha ocurrido que ibas en ese sentido…

Claro, los Colby. Bueno, pues… aquí estamos. ¿Tardará mucho en llegar tu amigo?

—¿Qué amigo?

—Bueno, yo lo llamo el reclutador. El tipo que te ha hecho las proposiciones para todo este asunto.

—Ah, ya. No, él no va a venir. Me dijo que unas personas amigas suyas se harían cargo de mí, que no me preocupase, que ya nos veríamos más adelante. ¿Va a venir tu reclutador?

—No lo aseguró, pero me pareció que vendría si podía arreglárselas.

—Son todos unos cerdos —refunfuñó Eleanor Tubbs.

—¿Sí? ¿Por qué?

Eleanor se quedó mirándola irritada. Evidentemente, no había captado del gesto de alivio de su reciente amiga Stephanie al enterarse de que los reclutadores de «ángeles» las enviaban al Red Fish Parador pero no acudían ellos. Ciertamente, si el reclutador de la auténtica Stephanie hubiera aparecido por allí las cosas se habrían complicado… para el reclutador, claro.

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso a ti no te han pasado por la cama?

—Ah, eso —Stephanie encogió los hombro—. Bah, no tiene la menor importancia. Todos los hombres que he conocido han querido acostarse conmigo.

—Conmigo también —asintió Eleanor—, y la verdad es que he dicho que sí muchas veces, pero casi siempre cuando a mí me ha venido de gusto.

—No todo va a ser placer en la vida.

—¿Y por qué no?

Stephanie se quedó mirando atentamente a Eleanor, y terminó por reír una vez más.

—Tienes razón —exclamó— ¿por qué no? ¿Por qué demonios tenemos que vivir malos momentos?

—Y más cuando se es tan bonita como nosotras. Mira, en cierta ocasión, en Miami, conocí a un sujeto que…

Eleanor calló de pronto, al captar el interés y la atención de la mirada que Stephanie dirigía hacia la puerta. Se volvió a mirar, y vio a la hermosa pareja recién llegada. Ella era una pelirroja esbelta y despampanante, y él era un auténtico tipazo de hombre alto,

elegante, guapo y atlético. Se acercaron al mostrador, donde uno de los dos camareros permanecía pasmado ante tanta hermosura.

—Perdone —dijo el hombre—, ¿ha llegado alguien preguntando por Farragut?

—No señor, que yo sepa. Pero espere, que preguntaré a mi compañero. Stephanie sintió como un leve escalofrío desde la nuca hasta el final de la columna vertebral al comprender que ésta era una contraseña, que ella posiblemente no habría interpretado si hubiera estado sola en el local usando la personalidad de Stephanie. Pero, al oír esto, ya dos de las chicas se dirigían, como quien no quiere la cosa, hacia la puerta…, y Eleanor la miraba ahora a ella.

—Bueno, ¿qué? —susurró—. ¿Vamos a no vamos?

—Sí, claro. Pero espera unos segundos, mujer.

El camarero informó a la pareja de que nadie había llegado preguntando por Farragut. Cada recogida debía de ser diferente, claro. La criba hasta llegar a Sky tenía que ser muy fuerte. Y no digamos para llegar hasta Angelikus. La hermosa pareja se dirigía hacia la salida. Eleanor se puso en pie.

—No sé qué estás esperando —murmuró.

Stephanie no esperó nada más. Alcanzó a Eleanor, y salieron juntas del parador, en pos de la hermosa pareja y de las demás chicas. La pareja caminaba hacia un automóvil oscuro, discreto, pero se detuvieron pocos pasos antes de llegar ante él, y se volvieron.

—Caminen por la carretera —dijo él, señalando la dirección a seguir— las recogerán enseguida.

La pareja se metió en el coche, y las chicas rebasaron la explanada de estacionamiento del Red Fish y alcanzaron la carretera, caminando en la dirección indicada. El automóvil con la pareja, él conduciendo, las pasó a los pocos segundos. Y ni siquiera habían caminado un minuto cuando apareció el camión pintado de oscuro, es decir, de un color que daba esta tonalidad. El camión se detuvo, en su parte de atrás descendió una rampa, y dentro de la caja se encendió una pequeña luz roja. Dentro de la caja había un hombre, que les hizo señas perentorias.

—Venga, venga, daos prisa.

Las ocho hermosas jóvenes subieron rápidamente al camión, cuya rampa se cerró como una puerta tipo puente levadizo. El

camión prosiguió la marcha, apenas las muchachas se hubieron sentado en los dos bancos laterales. El hombre permanecía de pie, muy cerca de la luz roja y con una hoja de papel en una mano. Comenzó a pasar lista, y cada vez que la chica mencionada respondía la miraba directamente a la cara. Brigitte contestó cuando el sujeto mencionó el nombre de Stephanie Colby, y soportó impávida la mirada de él, que continuó la lista.

—Tardaremos alrededor de una hora en llegar a destino —dijo al terminar—. Podéis fumar y charlar, pero espero que a ninguna se le haya ocurrido la vulgaridad de traerse una radio a pilas.

Hubo un par de risitas como de adulación, de reírle la gracia al poco gracioso sujeto, que se sentó en el extremo de un banco y encendió un cigarrillo.

—Lo siento —dijo Eleanor—, pero ya sabes que se me terminaron. ¿Te importaría darme otro cigarrillo?

—De acuerdo. Pero si en el lugar al que vamos no hay cigarrillos te las vas a cargar.

—Al lugar adonde vamos hay de todo —dijo el sujeto— y es natural, porque en el Cielo no puede faltar de nada.

Él mismo fue el primero en reír su propia gracia, coreado por dos o tres de las chicas. Era un tipo alto y fuerte, más bien guapo, pero con una expresión y sobre todo con un aura de maldad que hizo pensar a Brigitte que no le iba a importar en absoluto matarlo a la primera ocasión que tuviera.

—Me llamo Aldo, y mi compañero que conduce es Morton. Ya veréis qué bien lo podéis pasar si os portáis bien con Morton y conmigo.

Las chicas se quedaron mirándolo fríamente, y eso fue todo. Stephanie Colby pensó que aquel pobre sujeto debía de creer que lo de que aquellas bellas muchachas eran ángeles podía ser cierto cuando la verdad, sin duda, era que cualquiera de ellas podía degollarlo en un santiamén sin inmutarse.

El camión se detuvo exactamente cincuenta minutos más tarde…, lo que para Stephanie Colby no significó absolutamente nada, pues ya era demasiado viejo y gastado el truco de dar vueltas alrededor del objetivo para simular que éste se hallaba más lejos de la verdad.

Ni siquiera había salido del camión cuando ya Brigitte olió el

mar, cuyo brillo lunar divisó casi enseguida. Es decir, que habían ido de playa a playa.

—No os dejéis nada en el camión —dijo Aldo.

Nadie le contestó. Ni siquiera lo miraron. Durante los cincuenta minutos de viaje el pobre sujeto había tenido tiempo de demostrar más que sobradamente que era un cretino total. Un cretino machista cuya simple existencia ya era una sorpresa. Era de suponer que Angelikus tuviera personal de mucha más categoría que aquel imbécil.

—La cena estará pronto servida —dijo Aldo—. Mientras tanto Morton y yo os distribuiremos en vuestras habitaciones.

Señalaba hacia la casa que se veía perfectamente iluminada recortada sobre un fondo oscuro de pinos. Ante ellos se extendía una gran zona de césped…

—Vuelve a tocarme el trasero —se oyó decir a una de las chicas —, y te meto una patada en los cojones que quedas lisiado para siempre, so mierda. Y métete esto en la cabeza: para meterme en la cama con un imbécil no tenía necesidad de venir aquí, ¿está claro?

Aldo quedó mudo de rabia, mientras se oían las risitas de las otras chicas.

Echó a andar, y todas le siguieron hacia la casa. Tal como Brigitte había ya comprendido, no se trataba de barracones, ni de una granja más o menos acondicionada, sino de una hermosa quinta, una espléndida propiedad privada cerca del mar, sin duda con embarcadero para yates. Del techo del amplio vestíbulo pendía una araña de cristal que era una auténtica luminaria. A la derecha, unas escaleras de blanco mármol ascendían, describiendo una elegante curva, hacia el piso superior.

—Caray —silbó Eleanor.

La chica que antes había protestado miró a Aldo, y dijo:

—Me pregunto qué hace un mierda cono tú en un sitio como éste.

Hubo más risas. Aldo estaba lívido de rabia, y Brigitte comprendió que la chica que se había negado a que le tocaran las posaderas iba a tener más de una dificultad no tardando mucho.

Las habitaciones para los «ángeles» estaban en la planta baja, a ambos lados de un pasillo al que se llegaba pasando por debajo de la escalinata de mármol blanco. Las chicas fueron distribuidas en las

habitaciones, algunas de las cuales ya estaban parcialmente ocupadas por «ángeles» llegados con anterioridad, es decir, veteranas del vuelo con alas. En total había doce habitaciones, es decir, que como mínimo podía haber allí veinticuatro chicas asesinas, pues en caso necesario las que excedieran de este número podrían ser instaladas en el piso superior.

Eleanor Tubbs se las arregló para conseguir una de las habitaciones vacías hasta entonces, haciéndole señas a Brigitte para que se quedara con ella, a lo que ésta no opuso inconveniente alguno.

—¿Quién debe de vivir arriba? —reflexionó Eleanor, apenas estuvieron a solas en la habitación y cerrada la puerta.

—En el supuesto de que nos interese, ya nos lo dirán —replicó Stephanie, mirando con disimulo alrededor.

No vio nada que pudiera ocultar micrófonos o un ojo de cámara televisiva, pero, por supuesto, no tenía la menor intención de confiarse ni descuidarse en absoluto. Había mil trucos que el ojo humano no puede percibir.

Veinte minutos después de la llegada, las chicas fueron avisadas para la cena, que tuvo lugar en el amplio, confortable y lujoso comedor, verdaderamente elegante. Entre las recién llegadas y las ya residentes comenzaban a cruzarse discretas bromas, aunque era evidente una cierta tensión, como una expectación que todas sentían hacia todas. A fin de cuentas, allí todo el mundo sabía que todo el mundo se dedicaba al asesinato.

Ni rastro de Aldo ni de Morton, el grueso y torvo conductor del camión. La cena fue servida por cuatro camareras, cada una de las cuales hacía ya tiempo que había dejado atrás los cincuenta añitos de turbulenta vida, y cuyo peso casi podía doblar el de cualquiera de las chicas.

—¿Sabes qué parecen las camareras? —susurró Eleanor al oído de Stephanie.

—¿Qué parecen?

—Viejas lesbianas castradas.

Stephanie Colby rió. La cena era buena. Todo era de calidad allí, menos Aldo y Morton. Una de las camareras miraba a Stephanie con complacida sonrisa, y Eleanor le dio un disimulado codazo.

—Me parece que la has enamorado —susurró.

—Come y calla, ¿quieres?

Después de la cena les sirvieron champán en el salón adjunto al comedor, y fue entonces cuando reaparecieron los dos hermosos personajes que se habían hecho cargo de las recién llegadas en el Red Fish Parador. Era una pareja tan impresionante que Brigitte no pudo por menos de pensar que producían la misma impresión que ella y Número Uno cuando iban juntos… Durante unos segundos quedó tan ensimismada pensando en Número Uno que no oyó lo que estaba diciendo el guapo sujeto.

—… todo el equipo. No es nada complicado, cualquiera puede utilizarlo. Aparte de eso, todas seréis puestas a prueba en pequeños trabajos, a fin de valorar vuestras aptitudes y clasificaros para los trabajos que a cada una le resulte mis cómodo de realizar. Si alguna tiene conocimientos especiales de algo, que lo diga ahora, o por la mañana en la primera clase.

—¿Qué entiende usted por conocimientos especiales? —inquirió Eleanor.

—Por ejemplo, conducir un submarino, saltar en paracaídas, conocimientos de karate o judo, manejo de algún arma especial concreta, idiomas, manejo de radios o cualquier aparato de control, morse, lectura de labios…, en fin, algo fuera de lo corriente.

Varias chicas comenzaron a hablar a la vez, excitadamente, sin duda convencidas de que su sapiencia especial les iba a proporcionar o mejor o más cómodo trabajo o mejor sueldo o primas especiales. Brigitte escuchaba, mirando de unas a otras, impávida. El guapo sujeto terminó por alzar las manos pidiendo silencio.

—Lo mejor será que cada cual llene su propia ficha por la mañana. Sólo resta presentarnos —señaló a su compañera— ella es Ophelia Lengton, y yo soy Dennis De Vries. Nuestro dormitorio está arriba, y si tenéis algo urgente o importante qué comunicarnos podéis llamarnos pulsando el botón blanco que encontraréis junto a la puerta —señaló de nuevo—. Pero, por favor, aquí nunca pasa nada, de modo que… buenas noches a todas.

Hubo risas y sonrisas. El champán no era malo, pero no era Dom Perignon, ciertamente. Brigitte observó salir a la pareja, y luego se quedó mirando el contenido de su copa. Muy bien, ella no estaba allí para escuchar tonterías ni relacionarse con asesinas agravadas

sin duda con el ejercicio de la prostitución, aunque fuese ocasional. ¿Por qué siempre le había tocado relacionarse con la escoria del mundo? ¿Por qué nunca le había tocado relacionarse con verdaderos ángeles?

—Si sigues bebiendo te vas a emborrachar —dijo Eleanor.

Stephanie Colby le dirigió una mirada simpática pero cargada de ironía.

—Tienes razón —aceptó—. Lo mejor será que nos retiremos a descansar: mañana podría ser un día muy duro.

* * *

No fue en absoluto un día duro, sino más bien todo lo contrario: aparte de rellenar cada una su ficha de habilidades especiales (en la que Brigitte sólo puso unas pocas de las suyas), todo lo que hicieron fue conocer a los cinco profesores de diferentes disciplinas, lo que encantó a las chicas, pues todos ellos eran unos atletas formidables, hercúleos, inteligentes y hasta simpáticos, aunque sus miradas directas y penetrantes hicieron comprender a la espía que eran enemigos de mucho, muchísimo cuidado. Seguramente habían sido «reclutados» entre personal de cuerpos especiales de los ejércitos de los Estados Unidos.

—Oh, cielos —dijo Eleanor, en un momento dado—. ¡Todos ellos son como Rambo pero en simpático!

—A quienes no hemos visto más, por suerte —dijo otra de las chicas—, es al idiota de Aldo y al otro gorila.

Por la tarde, fueron llevadas a un lugar de la enorme propiedad adonde nadie podía llegar si no era salvando la fuerte vigilancia (que Brigitte ya había ido detectando a lo largo del día) o sobrevolando el lugar con un helicóptero…, que sin duda sería abatido por el fuego de armas adecuadas bien ocultas entre los arbustos de flores o cualquier sitio discreto bien camuflado.

El lugar era como una pequeña porción de silencioso y soleado paraíso, y allí las chicas recibieron órdenes de desnudarse completamente y colocarse el equipo que las estaba esperando, es decir, los atalajes de cuero, encima la malla que se ceñía a su cuerpo como la propia piel, y, por último, a cada una les fue colocado en la espalda el pequeño tubo propulsor cuyos mandos

quedaron en el cinturón justo sobre el ombligo.

Allí comenzaba realmente la instrucción para llegar a ser un eficaz ángel de la guerra.

—No es nada complicado —dijo uno de los profesores— el único riesgo es colocarse mal los atalajes, lo que podría dar lugar a que el propulsor se desprendiera, saliera disparado como un proyectil cualquiera y vosotras os rompierais todos los huesos al caer al suelo. De todos modos, no es probable, ya que va muy bien sujeto, y, además, al colocaros el equipo de malla antibalas por encima, sujetaría todo el sistema aunque algún atalaje se soltara o se rompiera. Pero nunca hay que confiar en eso, sino que hay que hacer las cosas bien. Veamos: ¿cuál de las novatas quiere ser la primera en probarlo?

La primera en alzar rápidamente el brazo fue Stephanie Colby. Y aquella misma noche, cuando después de cenar se disponía a retirarse a su habitación, la señorita Colby recibió instrucciones para que se dirigiese sola y a pie al lugar donde aquella tarde había probado por primera vez las alas de ángel.

Capítulo V

En el lugar la estaban esperando dos de los atléticos profesores, equipados con tubos propulsores, pero no con alas. Sin mayores explicaciones, cada uno de ellos asió a Stephanie por un brazo, pulsaron los mandos y se elevaron velozmente. No volaron muy alto, pero ambos miraron la expresión de la muchacha que transportaban, quizás esperando ver algún gesto de temor o de simple inquietud; a fin de cuentas, si la soltaban encima de los pinos se destrozaría al caer sobre las ramas… Para cuando llegase al suelo, si es que llegaba, se habría dejado la mitad del cuerpo desgarrado en las ramas.

Pero no observaron temor ni preocupación alguna en el bello rostro de Stephanie Colby. La noche era hermosa, de cielo limpio, de luna enorme. Y la distancia que recorrieron ni siquiera superó la milla. Aparecieron las luces de otra casa, y los dos profesores volaron hacia ella, siempre teniendo el mar a su derecha.

Era hermoso volar, muy hermoso. Y todavía debía de serlo más en completo silencio y sin artefacto alguno, sino por los propios medios del ser humano. Porque volar con artefactos era algo que ya había hecho Brigitte Montfort en numerosísimas ocasiones, desde circunvalar el planeta en una cápsula espacial[3] hasta utilizar alas delta[4], pasando por todo tipo de aviones y helicópteros, cosa que ya había perdido todo interés para la espía internacional.

El descenso frente a la casa fue rápido y suave. No era propiamente una quinta del lujo y la amplitud de la otra, pero estaba claro que tampoco tenía gran cosa que envidiarle, salvo en el tamaño. La puerta de la casa se abrió apenas los tres viajeros se posaron en suelo. Brigitte vio otra hermosa muchacha rubia con uniforme de servicio que cerró cuando los tres hubieron entrado. Había otra chica, también joven y preciosa e igualmente provista de aquel uniforme corto y azul, que señaló una puerta a la derecha de

la entrada.

—Les están esperando en la sala —dijo.

Caminaron hacia aquella puerta, que uno de los profesores abrió tras golpearla con los nudillos. Brigitte no sabía si sentirse satisfecha por la rapidez con que se estaba introduciendo en la organización o alarmarse. Por supuesto, en su ficha había puesto cosas que debían de haber causado verdadera impresión, con vistas a atraer hacia ella la atención de cualquiera de los jefes más cercanos a Angelikus, pero quizá se había excedido y ahora uno de esos jefes desconfiaba…

Y ciertamente, haría muy bien en desconfiar, porque las intenciones de la espía más implacable del mundo estaban muy claras: quería llegar hasta Angelikus, si era posible obligarle a decir quién le había informado de la reunión entre dos enviados de Irán y dos de Irak bajo el patrocinio del presidente de los Estados Unidos, y, finalmente, en cualquier caso, matarlo y asunto terminado. Porque es bien sabido que muerto el perro se terminó la rabia, ¿no es así?

Sin embargo, nada más entrar en el salón, Brigitte comprendió que las cosas no iban a ser tan simples, y que ella era demasiado inteligente para obcecarse en cumplir unos planes previamente trazados. Había que ser dúctil, había que saber cambiar de opinión, de trayectoria, de planes, y hasta, si convenía, de ideas.

Porque la idea de eliminar a Angelikus, sin más, de repente no le pareció demasiado buena.

Y ello le ocurrió apenas ver a aquel hombre alto, delgado, rubio, de aspecto delicado casi frágil, ataviado con una blanca túnica que le llegaba hasta los descalzos pies. Sus cabellos eran largos, formando una melena casi afeminada, y sus ojos diáfanamente azules eran grandes y limpios. Un bigote rubio y grueso, de guías caídas, confería una enternecedora sensación de virilidad en su boca de labios delgados, apenas visibles.

Brigitte supo quién era aquel personaje antes de que él mismo lo dijera:

—Soy Angelikus —se presentó con dulce vez—. Me gustaría conversar largamente contigo.

Brigitte no contestó. Captó el gesto que hizo Angelikus y que dio lugar a que los dos profesores retrocedieran saliendo del salón; en

éste había otras dos preciosas jóvenes de uniforme, que también salieron del salón, en silencio, dejando solos a la espía y al insólito personaje.

—Ha llegado a mis oídos —sonrió él— que te gusta mucho el champán. Siéntate, tomaremos una copa.

Stephanie Colby se sentó en un sillón, sin dejar de mirar a Angelikus, que sirvió champán en dos copas. Dio una a su invitada, y se quedó con la otra, sentándose frente Brigitte. Sobre una mesita de laca la espía vio su ficha.

Muy bien. Allí tenía a Angelikus. Ella aún llevaba su pistolita en la braguita. Sólo tenía, que sacarla, meter una bala en la cabeza de aquel… espantapájaros, y antes de que los demás se dieran cuenta podía estar fuera de la casa y corriendo por el bosque. Y que se atrevieran a perseguirla a ella…

—Me han dicho que esta tarde aprendiste en el acto a utilizar las alas y que volaste muy bien… como si ya lo hubieras hecho antes muchas veces. ¿Quizá fue así?

—Claro que no —rechazó la espía—. Era la primera vez que me encontraba con un artefacto semejante. Lo que ocurre es que soy una persona hábil en general.

—Sí, eso es evidente —Angelikus señaló la ficha de Brigitte—. Según tu ficha no eres una persona corriente, ni mucho menos. Impresionaste tanto a Dennis cuando la vio que se apresuró a traérmela. Espero que todo lo que dices sea verdad… Quiero decir que a veces algunas personas fantasean un poco sobre sus habilidades y conocimientos.

—Yo no.

—De acuerdo, entonces. ¿Has oído hablar de mí?

—Algunas de las chicas han mencionado su nombre, sí. Pero me parece que ellas lo imaginan de otra manera.

—¿Cómo me imaginabas tú?

—Con alas —sonrió Brigitte.

Angelikus también sonrió. Sus ojos permanecían fijos en los de Stephanie Colby, que sostenía impertérrita la mirada.

—¿Alguna vez has matado a alguien?

—Varias veces. Quiero decir, no que he matado varias veces a alguien, sino que he matado a varias personas.

—¿Por qué no le aclaraste todos tus méritos a Karlett cuando te

contrató?

—Siempre es conveniente reservarse algo. ¿Dónde está él?

—¿Hugh Karlett? Tuvo que salir de Estados Unidos poco después de enviarnos los nombres de dos nuevas chicas…, una de las cuales eras tú. Pero dejemos a Karlett, que está haciendo su trabajo en otro sitio. Stephanie, quiero que sepas que no estoy bromeando: ¿te atreverías a hacerte pasar por una secretaria alemana?

—Hablo el alemán perfectamente, de modo que no veo la dificultad.

—Pues la hay. De otro modo no llevaría tanto tiempo demorando la consecución de un… objetivo muy interesante. Nunca he encontrado la persona adecuada. Y es una lástima, porque desde que me pasaron esa información se me está haciendo la boca agua pensando en lo que podría conseguir… si tuviera la persona adecuada.

—¿Qué es lo que podría conseguir?

Angelikus seguía observándola con suma atención, como valorándola una y otra vez…, mientras Brigitte no acababa de creerse la suerte que había tenido: evidentemente, el tal Karlett había reclutado a la verdadera Stephanie Colby, y después había tenido que salir de Estados Unidos, es decir, que por el momento no había peligro de que apareciera por allí y descubriera la suplantación de que había sido objeto una de sus chicas reclutadas. Una ocasión como aquélla no se presentaba fácilmente, y no sería la agente Baby quien la desaprovechara.

¿Matar a Angelikus?

Sí, de acuerdo, pero… en su momento.

—Podríamos conseguir algo de valor incalculable. Lo mismo podríamos pedir por ello cinco centavos que cinco mil millones de dólares…, aparte de que quizá fuese más rentable no venderlo, sino utilizarlo para conseguir ventajas en otros asuntos.

—¿Qué es ello?

Angelikus apuntó hacia un televisor un pequeño aparato de mando a distancia, y accionó uno de los botoncitos. El televisor se puso en marcha casi en al acto. Lo primero que apareció en la pantalla fue el rostro de un japonés; debía de tener alrededor de cincuenta años, era atractivo y serio, de mirada clásicamente impávida.

—Este hombre se llama Akio Kamura, y es un diplomático japonés… que no está trabajando en la embajada de Japón, sino que hace cerca de un año que está residiendo en Estados Unidos, en una pequeña localidad cerca de Washington, al parecer dedicado a escribir un libro sobre las aves norteamericanas. Este otro se llama Gunther Broun, es un diplomático de la República Federal Alemana, pero no está en Estados Unidos como tal diplomático, sino como ciudadano particular dedicado a comercializar una firma de productos ortopédicos de su país…

Brigitte asintió, «fotografiando» con su prodigiosa memoria visual la imagen del llamado Gunther Broun, también hombre de unos cincuenta años, muy calvo, de gran cabeza, y ojos que parecían de mochuelo tras las gafas de gruesos cristales.

A continuación apareció otro hombre, éste algo más joven, más atractivo, con cierto aspecto de *playboy* que casi hizo sonreír a la espía, que lo clasificó inmediatamente como latinoamericano, con su negra cabellera, su bigotito y su remota expresión andina.

—Y por último —continuó explicando Angelikus—, éste es Amado Covarrubias, un arquitecto colombiano que hace casi dos años está residiendo en Estados Unidos, también relativamente cerca de Washington, al parecer encargado de la contratación de grandes jugadores de tenis norteamericanos para llevarlos a Colombia a impartir clases a promesas de alto nivel. Estos tres hombres, evidentemente, están tramando algo especial…

—¿Quiere decir que son espías?

—En todo caso, serían unos espías muy especiales, pues desde hace seis meses los tres están visitando con cierta periodicidad la Casa Blanca, y, por cierto que no creo que sea una casualidad, los tres coinciden siempre el mismo día en esas visitas.

—Es decir, que usted cree que los tres visitan a alguien de la Casa Blanca; alguien que los recibe a los tres a la vez, pues de otro modo no haría falta que los tres coincidieran siempre el mismo día en esas visitas. En definitiva, esos tres hombres se están relacionando entre sí, pero sólo cuando visitan la Casa Blanca, es decir, que oficialmente ocultan sus relaciones.

—Eres muy perceptiva. Por tanto, habrás comprendido que no sólo necesito una mujer que sepa hablar en alemán, pues eso puedo conseguirlo muy fácilmente, sino una mujer que tenga… las

entrañas bien puestas. Quiero decir que sea capaz de fingir cualquier cosa sin que nadie pueda notarlo… Te advierto que eso no es tan fácil, considerando que tendrías que entrar en la Casa Blanca.

—¡Fiuuuu! —Silbó graciosamente Stephanie Colby—. ¡Desde luego que no ha de ser una cosa fácil de hacer!

—Nosotros tenemos montado hace tiempo un plan para conseguirlo, pero, como te he dicho, no disponíamos de la persona adecuada. Esa persona tiene que ser una mujer joven, decidida, segura de sí misma, valiente, con recursos variados, con gran control de sus emociones, y, como pequeño detalle ya más fácil de conseguir, que hable perfectamente alemán.

—Según entiendo —sonrió Stephanie— no han encontrado a nadie que reúna esas cualidades.

—Hasta ahora. ¿Te atreverías a entrar en la Casa Blanca haciéndote pasar por una secretaria de Gunther Broun?

—Como atreverme, me atrevo…, pero me parece que no engañaríamos a nadie dentro de la Casa Blanca. No porque yo lo haga mal, sino porque deben de conocer perfectamente a la secretarla o secretarias del señor Broun.

—Eso está resuelto. Alguien te recibiría allí dentro… Sólo se trata de saber si tú conservarías la serenidad o lo echarías todo a perder por nerviosismo, miedo, o una actuación deficiente.

—Ya le he dicho que me atrevo, y creo que puedo hacerlo. ¿Quién me recibiría dentro de la Casa Blanca?

—Nosotros tenemos la sospecha, casi la certidumbre, de que quien recibe a los señores Broun, Covarrubias y Kamura es el mismísimo presidente de los Estados Unidos. Entre éste y esos tres están tramando algo, y hasta creemos saber de qué se trata: la planificación de algo que en su día pueda sustituir con ventaja al Canal de Panamá.

Stephanie Colby se quedó contemplando atónita al delicado personaje, que sonrió amablemente.

—Zambomba —dijo por fin.

—Sorprendente, ¿verdad?

—¿Sorprendente? ¡Es increíble! ¡La idea de trazar otro canal no es nueva, pero…!

—No he dicho nada de otro canal, sino de «algo» que pueda

sustituir con ventaja al de Panamá. Puede que sea otro canal en Colombia…, o en otro lugar de Centroamérica, pero nos inclinamos a pensar que es algo… muy especial.

—¿Por qué dice «nos» inclinamos? ¿A quién más se refiere?

—A unos amigos —sonrió Angelikus—. ¿Has estado alguna vez en la Casa Blanca?

—¡Claro que no!

—Te proporcionaremos unos esquemas suficientes para que puedas circular por ella con ciertas garantías si algo saliera mal. Esto aparte, si tu apuro fuese excesivo tenemos pensado que un par de chicas podrían rescatarte recogiéndote en una de las ventanas llevándote lejos de allí volando…

—Como los ángeles —sonrió Stephanie.

—Sí, parecen ángeles, ¿verdad? —sonrió a su vez Angelikus—. Eso fue idea mía. La gente se queda atónita cuando aparecen mis ángeles, y eso siempre concede unos segundos de ventaja que resultan vitales para casi todas las operaciones. Bien, entonces quedamos en que te atreves a ocupar la personalidad de una secretarla de Gunther Broun.

—Sí, pero si llaman a éste para preguntarle…

—No llamarán a Broun. Tú irás a la Casa Blanca, dirás que eres una secretaria de *Herr* Broun, y que deseas ver a determinada persona: inmediatamente, esa persona te recibirá, sin más apuros ni compromisos para ti.

—¿Qué persona es ésa?

—Ya te diremos oportunamente su nombre. Entrarás en la Casa Blanca, te reunirás con esa persona, y le dirás que eres Greta Heinz, y que vas a recoger la información que se le ha solicitado. Esa persona te entregará una pequeña cápsula no más grande que una judía. Te tragas la cápsula, matas a esa persona, y abandonas su despacho. No se te ocurra correr o apresurar el paso en lo más mínimo. Todo normal.

—Pero si alguien entra en ese despacho antes de que yo haya abandonado la Casa Blanca…

—No. Esa persona ya habrá dejado encargado que nadie le moleste, y al salir tú cierras con llave y te desprendes enseguida de ésta, dejándola bajo una alfombra, o en un macetero o una papelera…, en cualquier sitio.

—¿Y cómo mato a esa persona? ¿Qué armas voy a llevar?

—Ninguna. Tendrás que matarlo con las manos. ¿Puedes?

—Sí.

—Bien. Espléndido. Cuando salgas de la Casa Blanca no tomes un taxi, ni nada que luego pueda ser recordado. Te alejas caminando, pero siempre por Pennsylvania Avenue. Oportunamente te recogerá un vehículo, y poco después te reunirás conmigo, para entregarme esa cápsula.

—Lo que no será fácil —frunció cómicamente el ceño Stephanie.

—Pero tampoco demasiado complicado —casi rió Angelikus— sólo se trata de esperar a que hagas tus deposiciones naturales. Y si nos impacientásemos, la cosa se resolvería con un laxante. La seguridad ante todo, Stephanie.

—Desde luego. Francamente, esto va a ser lo más importante que habré hecho en mi vida. ¡Entrar en la Casa Blanca, matar a una persona y salir sin ser detenida…!

—Y todo ello —sonrió Angelikus— contando con la colaboración de esa misma persona. Bien, ¿te apetece más champán?

—Por hoy he tenido suficiente. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—¿Por qué tiene contratados a Aldo y Morton? Son dos bestias lascivas sin cerebro. Al menos, no el suficiente para estar al nivel de todo esto.

—Aldo y Morton ya no están entre nosotros —sonrió angelicalmente el bello, delicado, casi frágil Angelikus—. Para según qué cosas, como por ejemplo, conducir un camión, son necesarios tipos como ellos, pues no llaman la atención conduciendo esa clase de vehículo. Pero cuando terminan su trabajo los despedimos.

—Los despedimos… —murmuró Brigitte, sosteniendo la azul mirada de Angelikus—. Ya entiendo. Cada vez que han de recoger a las chicas utilizan un camión diferente y unos sujetos diferentes. Ellos hacen el trabajo, y cuando ya han llevado a las chicas a su destino son eliminados, en lugar de pagarles y mantenerlos en un trabajo que se les ofreció como duradero y bien pagado.

—Cosas de la vida. Pero estarás de acuerdo conmigo en que gente como Aldo y Morton no hacen ninguna falta en este mundo.

—Ni en el otro —rió Stephanie Colby—. ¿Cuándo partiré hacia la Casa Blanca?

—Te avisaremos. Mientras tanto, vuelve a la villa, y dedícate al aprendizaje de todo, como las demás chicas. No te impacientes. Y sobre todo, aunque me imagino que no es necesario que te lo advierta, no se te ocurra hablar de este asunto con nadie. Me gusta que mis chicas estén bien avenidas y que simpaticen unas con otras, pero cuando una de ellas hace un trabajo en solitario a las demás no les importa nada. ¿Está claro?

—Naturalmente.

—Ha sido agradable conocerte, Stephanie. Que descanses.

Stephanie Colby asintió, se puso en pie, y sin más abandonó el salón. Afuera, en el vestíbulo, esperaban los dos profesores, con los cuales salió de la casa, para emprender el viaje de regreso a la villa por el mismo procedimiento, Poco después, en su habitación que compartía con Eleanor, ésta le preguntó, muy intrigada:

—¿Dónde has estado metida?

—Por ahí.

—¿Por ahí? ¡Te he estado buscando como loca por toda la casa y no ha habido manera de encontrarte!

—Ya me has encontrado ahora. ¿Qué es lo que quieres?

—Pues sencillamente eso: saber dónde has estado.

—Eleanor: puede que en un momento dado, llevada por el aburrimiento o por simpatía personal hacia ti, incluso te proponga que sostengamos simpáticas y cariñosas relaciones homosexuales, porque en un sitio como este, en el que no hay hombres, puede llegar a ocurrir de todo. Pero, querida, quiero que tengas bien presente que cuantas más cosas me preguntes más me iré distanciando de ti en todos los sentidos. ¿Me has comprendido?

—Sí —murmuró Eleanor—. No pretendía molestarte.

—No me has molestado —sonrió dulcemente la más hipócrita espía del mundo— pero me ha parecido que debíamos dejar las cosas bien claras desde el primer momento. Y ahora discúlpame, pero de verdad, tengo sueño.

Capítulo VI

Tan sólo cincuenta y ocho horas más tarde, es decir, a las diez de la mañana del tercer día, Stephanie Colby fue llamada al despacho de la quinta, donde la aguardaban los hermosos Dennis De Vries y Ophelia Lengton, ésta de pie junto a la ventana fumando lánguidamente, aquél sentado tras la mesa, con una sonrisa de lo más cinematográfica que pudiera buscarse.

—Partimos ahora mismo hacia Washington, Stephanie —dijo el guapo De Vries—. Esta misma tarde, a las cuatro, entrarás en la Casa Blanca. Por el camino te iremos detallando algunos pormenores. Bien, todo esto si estás preparada.

—Desde luego.

—Quiero decir psicológicamente.

—Yo no tengo problemas de ese tipo —pareció divertida Stephanie— si he de hacer algo, lo hago, eso es todo.

—Hugh Karlett regresa dentro de dos días —movió la cabeza Dennis— habrá que felicitarle por la buena adquisición que hizo contigo. Ophelia se ha ocupado durante estos dos días últimos de adquirir ropa adecuada para ti…, es decir, para Greta Heinz, la secretaria de Gunther Broun. Tienes que ofrecer una imagen diferente a la de ahora.

—Lo comprendo. Y estoy segura de que Ophelia tiene muy buen gusto para la ropa.

—Eres muy amable, querida —sonrió Ophelia; señaló hacia el exterior—. Y ahí llega nuestro helicóptero que ha de llevamos cerca de Washington.

—¿Sabemos ya por quién tengo que pedir en la Casa Blanca?

—Nosotros sí lo sabemos —asintió Dennis—. Tú lo sabrás justo cuando te dejemos delante mismo del 1600 de Pennsylvania Avenue.

—Daniel Melrose —dijo Dennis De Vries.

Brigitte Montfort estaba preparada para todo, o así lo creía, pero aquel nombre la sorprendió y sobresaltó tanto que fue una verdadera proeza no expresar nada al oír el nombre de la persona que debía facilitarle la entrada en la Casa Blanca. Si no hubiera sido una espía consumada, con tantos años de terribles experiencias y situaciones en las que había tenido que controlarse al máximo, allí mismo, ante los ojos de Dennis De Vries, se habría delatado. Por una sencilla razón: Daniel Melrose era el segundo hombre del equipo personal del presidente de los Estados Unidos, y contaba absolutamente con toda la confianza de éste.

—Daniel Melrose —repitió con tono indiferente—. De acuerdo.

—Buena suerte —murmuró De Vries—. Y recuerda que te recogeremos en esta misma avenida apenas salgas de ahí.

Señaló con un gesto de cabeza hacia la Casa Blanca. Stephanie hizo un gesto de asentimiento, y se apeó del taxi que había conducido De Vries. Todo estaba bien preparado. Muy bien preparado. Pero claro, eso ya no resultaba tan sorprendente cuando se disponía dentro de la Casa Blanca de un traidor de la envergadura de Daniel Melrose. Santo cielo, ¿es que siempre tenía que encontrar porquería inmunda en su paso por la vida? ¿Es que no había nadie honrado, nadie decente, nadie fiel, nadie leal, nadie en quien poder confiar…?

—Greta Heinz —dijo cuando fue requerida, hablando en inglés pero con ligero acento alemán—. Soy secretarla auxiliar del señor Broun. El señor Melrose me está esperando.

Conocía muy bien a Melrose, había hablado con él docenas de veces, en recepciones diplomáticas e incluso en fiestas privadas de la *jet set* norteamericana. Es decir, había creído conocerlo muy bien, pero ahora resultaba que no era más que un maldito traidor. ¿Y había que matarlo? Pues lo haría con mucho, muchísimo gusto…

—Sí, por favor —la autorizaron—, siga adelante. El propio señor Melrose va a salir a recibirla.

—Gracias.

El sol de la tarde ponía un extraño resplandor de la Casa Blanca, y los jardines de la parte que daba a Pennsylvania Avenue ofrecían un aspecto elegante y sólido. Dos automóviles larguísimos, oscuros, cerradísimos, se dirigían hacia la salida de la primera casa de la nación Dos componentes de la Guardia Nacional, en la amplia

escalinata, procuraron no expresar nada cuando la bellísima y elegante rubia comenzó a subir los peldaños de blanco fulgor.

Daniel Melrose apareció enseguida. Procuraba comportarse normalmente, incluso parecer amable. Era un hombre muy inteligente, sobrio y distinguido, de modales habitualmente encantadores, como su personalidad bien definida por un porte atlético, sus aladares canosos, su gesto resuelto. Cuarenta y cinco años, salud de hierro, futuro magnífico… hasta aquel momento.

—¿*Fraulein* Heinz? —habló con soltura en alemán—. Por favor, sígame. Ha sido usted muy amable al venir.

Brigitte no se molestó en contestar, pues sabía que era una fórmula de cortesía, por si alguien les dedicaba alguna atención. Ciertamente, de no mediar la ayuda de Melrose nadie llamado Greta Heinz habría sido recibido de modo tan fácil en la Casa Blanca.

Dos minutos después, tras recorrer pasillos con alfombras de sueño persa, Daniel Melrose cerraba a sus espaldas la puerta de su despacho, y enseguida, desencajado el rostro de pronto, miró a Greta Heinz a los ojos.

—¿Cómo puedo saber que mi familia está bien? —jadeó.

Por un instante, Brigitte quedó desconcertada. Luego, también ella quedó lívida, desencajado el rostro, al comprender de súbito la verdad del asunto. Fue una revelación terrible, que le produjo como un salto al vacío de su corazón.

—¿Quiere decir que alguien ha secuestrado a su familia? —musitó.

—No me venga con comedias —dijo Melrose, con voz ahogad—. ¡Malditos sean, quiero tener la certeza de que nada va a ocurrirle a mi familia!

Y aun así, todavía no he decidido entregarle nada a usted, ¿entiende? ¡Creo que voy a llamar al servicio de seguridad para…!

—Tranquilícese, Daniel. Y cuénteme exactamente cómo están las cosas.

—¿Que yo le explique a usted…? ¡Esto tiene gracia! ¡Precisamente es usted quien debería…! Espere —hubo un gesto de desconcierto súbito en el rostro de Melrose—. ¿No la conozco a usted? Me parece que la he visto antes, pero no consigo recordar…

—Siéntese y serénese. ¿A quién tienen de su familia?

—A mi esposa, mi madre y los dos chicos menores. El mayor

está… Oh, Dios. ¡Dios! ¡Señorita Montfort!

Brigitte, que había procedido a quitarse los rellenos de las mejillas y los delgados aros de plástico que habían estado deformando su nariz, se había quitado la peluca rubia, por último, arrancando aquella exclamación en el hombre del presidente.

—Hace ya tiempo que nos llamamos por nuestros nombres, Daniel —le sonrió dulcemente Brigitte—. O sea, que tienen nada menos que a su esposa, su madre y a Danny y a Gladys.

Melrose se dejó caer por fin en su asiento. Estaba todavía demudado, y ahora, además, atónito.

—No comprendo… Santo Dios, Brigitte, ¿qué… qué pinta usted en todo esto?

—¿De manera que el señor presidente es tan realmente discreto… en algunos asuntos que usted no sabe todavía que soy la agente Baby?

Daniel Melrose parecía una estatua de yeso. Brigitte encendió dos cigarrillos, y le tendió uno, que él tomó como un autómata. La divina espía le palmeó cariñosamente una mano.

—Cuando ahí fuera me han dicho su nombre habría querido que la Tierra me tragara, Daniel. Todo me había hecho suponer que usted es un traidor.

—Dios mío… ¿Usted es Baby?

—Ya se lo he dicho. No se complique la vida intentando comprender el asunto, pues yo misma se lo voy a explicar. Y cuando termine, veremos el modo de arreglar las cosas.

Procedió a explicarle rápida y perfectamente las cosas. Cuando terminó, Melrose estaba mucho más sereno y esperanzado, pero ni mucho menos tranquilo con respecto al destino de su familia.

—Ya sé que debería confiar en que usted lo resolverá todo —murmuró—, pero es una situación muy difícil. Esa gente ha instalado media docena de asesinos en mi casa, y han obligado a mi esposa a comunicarse conmigo. Ella me ha dicho que el asunto era privado, de modo que he salido de la Casa y he buscado un teléfono. Entonces, Mabel me ha explicado el asunto: si no les entrego la documentación que se está gestando entre el señor presidente, Broun, Covarrubias y Kamura, serán asesinados los cuatro.

—¿Ha hablado usted con alguno de los asesinos que hay en su

casa ahora?

—Sí. Bueno, era una mujer, que parece dirigir la operación… Una mujer muy culta, muy clara de mente.

—Ésa tiene que ser Ophelia Lengton —susurró Brigitte—. ¿Tiene usted preparada la cápsula?

—Sí, pero… no estaba decidido a entregarla.

—No sea absurdo. Dudo que haya nada que valga para usted… e incluso para Estados Unidos más que la vida de su familia. ¿Qué puede ser? ¿Realmente el proyecto de algo que sustituya en el futuro al Canal de Panamá? ¿Y qué importa eso?

—No se trata de eso —se desconcertó Melrose—. Es el estudio de un complicado acuerdo político entre Japón, Colombia, Alemania Federal y Estados Unidos para la instalación de…

—¡No me lo diga! Sólo acláreme una cosa respecto a ese acuerdo: ¿es algo que puede causar ruina o dolor a Estados Unidos si se enteran otros países?

—Mujer, no…

—Entonces, es algo que de no conseguirse ocasionaría, simplemente, una supuesta pérdida de poder o de privilegios, ¿no es así?

—Sí… Exactamente.

—Al diablo con eso. Deme esa cápsula. Y escuche bien esto: cuando yo abandone este despacho usted yacerá muerto. ¿Está claro?

—Los matarán —casi sollozó Melrose—. ¡Los matarán a los cuatro, esa gente son unos asesinos!

—Daniel, quiero que se tranquilice y haga exactamente lo que yo le diga, o ambos nos vamos a encontrar en una situación que, entre otras cosas, sí causaría con toda seguridad la muerte de cuatro personas de su familia.

—Está bien. Sí, está bien… Dígame qué debo hacer.

—Entrégueme la cápsula, y acto seguido, a todos los efectos, yo le mataré de un golpe de karate en la cabeza. Cuando yo haya salido de este despacho, lo cerraré con llave. Usted llame primero al señor presidente, por línea directa interior. Luego, llame a la Central de la CIA, también por línea directa, y pida que le pongan con *Mr.* Cavanagh de parte de Baby. Cuando hable con Cavanagh dígale que necesita aparentar que está muerto, y que está en este

despacho como tal cadáver. Cavanagh le preguntará por mí. Dígale que todo va bien y que espero poder comunicarme pronto con los Simones. ¿Tiene alguna duda?

—No… No, no, en absoluto.

—La cápsula —tendió una mano Brigitte.

Melrose la entregó, ella se la tragó, y recompuso su disfraz deformando levemente el rostro y colocándose la peluca. Se puso en pie, y miró intensamente a Melrose.

—Daniel, no haga nada, no se le ocurra hacer NADA. Está usted muerto, ¿entiende?

—Pero mi familia…

—Bang, bang —le apuntó Brigitte con un dedo y simuló disparar, en un intento de bromear— los muertos no hacen preguntas ni nada de nada. Hasta la vista, Daniel.

Salió del despacho, cerró disimuladamente con llave, tiró ésta a un cenicero de pie, y se dirigió hacia la salida de aquella ala del edificio.

* * *

Desde el interior del elegante automóvil que había sustituido al taxi, Dennis De Vries la vio aparecer en Pennsylvania Avenue, y la estuvo mirando fijamente hasta que decidió partir tras ella. Entonces, miró hacia la Casa Blanca, cerciorándose de que nada anormal sucedía en ella. Partió en pos de Stephanie Colby, y poco después circulaba cerca de ella, pegadas las ruedas al bordillo. Tocó levemente el claxon, ella volvió la cabeza, lo identificó, y en cuanto él detuvo el coche se sentó a su lado.

De Vries reanudó la marcha, miró sonriente a Stephanie, y captó su gélida mirada.

—¿Te ha entregado la cápsula?

—Sí. Pero quiero saber qué clase de tontería es ésta. Ese hombre no es un colaborador de ustedes, sino alguien a quien…

—Calma, querida, calma —rió Dennis—. En ningún momento te dijimos que se trataba de un colaborador sino de alguien que te introduciría en la Casa Blanca. ¿Has tenido dificultades?

—Ninguna. Ese hombre me ha dado pena, maldita sea… ¿Qué piensan hacer con esas personas de su familia? ¿Matarlos?

—No —sonrió De Vries—. Eso sería una estupidez innecesaria… y hasta contraproducente. Queremos que muy rápidamente, ahora que ya estás fuera de la Casa Blanca, el presidente se entere de lo sucedido, es decir, de que tenemos la cápsula con esa información microfilmada. Y para ello contamos con que la familia de Daniel Melrose llame para informar de lo sucedido: siempre es más práctico que buscar el modo de hacer contacto nada menos que con el presidente. En cambio, si él encuentra muerto en la Casa Blanca a Melrose, tras recibir la llamada de la esposa de éste, comprenderá que «ciertas personas» han conseguido algo de ahí dentro.

—¿Y qué ganamos con eso?

—Que no tenemos que convencerlo de nada, pues ya estará convencido cuando finalmente le hagamos llegar un mensaje pidiéndole algo a cambio de la cápsula.

—De modo que piensan vendérsela a los mismos que se la han robado —Stephanie Colby sonrió—. La idea me parece excelente. El presidente de Estados Unidos será el primer interesado en que todo ese asunto, sea cual sea, no trascienda. Pero… ¿cómo lo convencerán de que no sólo le van a devolver la cápsula, sino que no habrán obtenido copias del microfilme para luego vender esa información a otras personas?

—El microfilme que contiene la cápsula está sin revelar. El presidente lo recuperará en las mismas condiciones. Por tanto, podrá estar seguro de que ese microfilme no ha sido removido de la cápsula, que nosotros ni siquiera lo hemos visto, y que todo ha sido una operación económica.

—Zambomba —movió la cabeza Stephanie—. Bueno, me alegro de estar en relación con gente de verdadero nivel, señor De Vries. ¿Cuánto van a pedir por la cápsula?

—Cien millones de dólares. No hay que ser demasiado avariciosos…, y con esa cantidad estaremos en condiciones de afrontar con menos… docilidad las relaciones entre las personas que hasta ahora han estado financiando casi toda nuestra estructura y que, por tanto, se permitían digamos… dar demasiadas órdenes.

—Ya entiendo: a la independencia por el dólar, ¿no es eso?

—Bueno —rió De Vries—, nosotros pensamos seguir manteniendo buenas relaciones con nuestros amigos que hasta ahora han financiado nuestras actividades, pero si en determinado

momento ellos pretendieran pasarse de la raya en cuanto a dirigirnos podríamos… rechazar sus presiones.

—O sea, que hasta ahora Angelikus y sus colaboradores han estado buscando apoyo financiero sirviendo intereses de otras personas.

—Exactamente. Y seguiremos así, pero ya te digo que con cien millones de dólares en un momento dado podemos permitirnos incluso hacer doble juego.

—¿Y todo esto con qué objetivo u objetivos finales?

—Nosotros pretendemos monopolizar las acciones prebélicas en todo el mundo. Es decir, que deseamos iniciar un nuevo modo de terrorismo, aunando las acciones de todos los grandes grupos de terroristas del mundo, eliminando a los que nos desagraden o nos molesten… profesionalmente, y emprender una nueva línea de actuaciones que permitan a las personas que nos paguen bien y nos ofrezcan compensaciones de poder en el futuro, eliminar personas, grupos o partidos molestos. Si, por ejemplo, en un pequeño país, hay un determinado partido político de la oposición que está incordiando demasiado al poder, nosotros podemos… descabezar ese partido, dejarlo sin mandos, sin dirección; o al revés, descabezar el partido que esté en el poder.

—Ya entiendo. ¿Qué más ejemplos?

—Muchos ejemplos, todos ellos siempre propiciando guerras y revueltas en favor de personas a las que les interesa. ¿Sabes? siempre se ha ganado más dinero haciendo el mal que haciendo el bien.

Stephanie Colby quedó atónita un instante. Luego, murmuró:

—¿Cómo nunca se me ocurrió a mí pensar eso? ¡Es una de las verdades más grandes que he oído en mi vida!

—Las grandes verdades son las que menos ve la gente corriente —aseguró De Vries—, muchas veces porque se las disfrazan, no porque las oculten, ya que eso no es posible.

—Me parece que comprendo. Bien, supongo que ahora tendremos que ir a algún lugar donde pueda… entregarle el microfilme.

—No hay prisa —rió De Vries—. Ahora iremos a un lugar donde recogeremos a Ophelia, y luego iremos los tres a reunirnos con Angelikus, para acompañarle en su viaje al Paraíso.

—¿Al paraíso?

—Es un sitio del Caribe donde se reúnen algunas personas que tienen necesidad de hacer reajustes de planes o dar nuevas instrucciones para nuevos asuntos a Angelikus. Es claro que, además, aprovechan para disfrutar intensamente de la vida, porque ese lugar en el que se reúnen lo envidiarían hasta los mismísimos dioses…, y tiene más confort y alegrías que el auténtico paraíso que pudiera haber inventado el más imaginativo de los dioses.

—Señor De Vries —sonrió Stephanie—, si algo me ha encantado siempre es la gente que tiene buen gusto y que además sabe explicarse. Y en usted se juntan ambas cualidades.

—No lo digas delante de Ophelia: se pondría celosa. Se echaron a reír los dos.

* * *

Exactamente a las siete y media de la noche, cerca de Cumberland, en el cruce de las carreteras estatales 220 y 40, recogieron a Ophelia Lengton, que llegó en un automóvil vulgar y corriente que quedó abandonado. Desde ese lugar, se dirigieron hacia el oeste y luego hacia el norte, en dirección a Pittsburgh. En el aeropuerto de esta ciudad dejaron el automóvil en manos de una preciosa joven, y abordaron un *jet* privado en el cual estaba esperando el bello Angelikus, dos de los profesores, y, para asombro de Stephanie, la bella Eleanor, que sonrió con maliciosa complicidad.

Para entonces eran ya las once de la noche, y Angelikus estaba más que satisfecho.

—Ha sido perfecto —dijo en cuanto recibió a los tres— hemos conseguido ya contacto con la Casa Blanca, y están dispuestos a negociar, sobre la base de ciento cincuenta millones de dólares. Quizá ni siquiera sea necesario rebajar la cantidad a cien. Hemos convenido que dentro de tres días volveremos a establecer contacto, y que si están de acuerdo en lo ofertado deberán tener ya el dinero listo para su entrega. ¿Algún problema por vuestra parte?

—En absoluto —aseguró De Vries.

—Entonces, vamos a esa reunión, y aprovecharemos para pasar un par de días especialmente satisfactorios.

—No sabía que ella estaría aquí —dijo Stephanie, señalando con

un gesto de la barbilla a Eleanor.

—Es que a mí también me gusta el champán, cariño —rió Eleanor—. Y tengo entendido que vamos a celebrar el triunfo de esta operación con verdaderos ríos de champán.

—Sí —amplió su dulce sonrisa Angelikus—. Hacía tiempo que estábamos pensando en el modo de obtener esto, pero no se nos ocurría nada… hasta que apareciste tú, Stephanie. Aunque ya no es necesario que te llamemos así, ¿no te parece? Veamos, querida: ¿cuál es tu verdadero nombre, quién eres realmente?

Brigitte Montfort sintió aquella lejana sensación de frío en el estómago que aparecía cuando se hacía súbitamente evidente que estaba metida en una verdadera y peligrosa trampa.

—¿Qué? —susurró.

—Luego hablaremos de eso —rió cantarinamente Angelikus—. Ahora vamos a despegar, y, para seguridad de todos, ocupemos nuestros puestos y coloquémonos los cinturones. No hay cosa más estúpida que los accidentes por negligencia.

Los dos profesores apuntaban con sendas pistolas provistas de silenciador a la divina espía, mientras Eleanor parecía tener dificultades en contener la risa observando a Stephanie. Ésta fue a sentarse, se colocó el cinturón de seguridad, y pareció ensimismarse en sombríos pensamientos. Ni siquiera prestó atención a los dos profesores, que también ocuparon sendos asientos, pero que se turnaron en apuntarla mientras se colocaban los cinturones.

Era cerca de medianoche cuando el avión privado de Angelikus despegó rumbo al Paraíso.

Capítulo VII

—No estés triste —dijo Angelikus, tendiéndole una copa de champán, ya todos reunidos en el saloncito del avión, suspendido en la noche rumbo al sur—. Te estamos invitando a champán y te garantizo una muerte dulce… ¿qué más puedes pedir?

Brigitte asintió, tomó la copa de champán, y bebió un sorbo. Estaba frío, y le pareció especialmente bueno.

—De modo que desde el primer momento supieron que yo no era Stephanie Colby —murmuró luego.

—Naturalmente, querida —dijo Eleanor—. Vamos, no puedes ser tan tonta de pensar que nosotros somos tan tontos. Mira, lo primero que hacen nuestros enviados de contratación cuando consiguen alguna chica es enviarnos su… biografía y varias fotografías. Las reunimos en el Red Fish Parador, y cuando ya sabemos que han llegado, llego yo, la última, tras haber examinado muy bien las fotografías de las nuevas empleadas. Así que imagínate cuando entro allí, veo a seis de las chicas… y a otra que no la conozco de nada pero que parece ser un futuro ángel. Cuando finalmente me dijiste que eras Stephanie Colby comprendí que algo había funcionado mal en alguna parte, y que lo mejor era que Dennis y Angelikus se encargaran directamente de ello, así que te llevé al Cielo. ¿Comprendes?

—Sí. No soy tonta…, aunque realmente me haya comportado como tal al no desconfiar, cuando supe que el tal Karlett no iba a venir al Cielo. Sí, demasiada suerte.

—Todavía hay otra cuestión: últimamente hemos perdido dos chicas y dos enviados que las acompañaban. No sabemos nada de esos cuatro desde que los envíanos a matar a la periodista Brigitte Montfort… ¿Tú conoces a la periodista Montfort?

—Todo el mundo conoce a la señorita Montfort.

—Ya. Hablemos ahora seriamente del asunto de Daniel Melrose.

Por supuesto, ya comprendemos que no lo mataste, pero sí estamos seguros de que nos has traído la cápsula, pues de otro modo tu intervención no habría resultado nada convincente. ¿La has traído?

—Sí.

—Espléndido. Realmente, hacía tiempo que nos estábamos preguntando cómo podríamos conseguir la información sobre las conversaciones de esos tres con el presidente, y tu intervención nos lo facilitó todo: simulamos creerte, en la seguridad de que tú, para introducirte más y mejor en nuestro grupo nos proporcionarías la cápsula…, aunque con la esperanza de recuperarla, claro está. ¿No es así?

—Así es.

—De manera, querida —amplió su dulce sonrisa Angelikus, que era quien últimamente conversaba con Brigitte—, que ya ves que nos hemos burlado de ti mientras tú pretendías burlarte de nosotros. Lo que significa que no eres demasiado lista…, aunque sí hay que admitir que eres muy valiente. Ahora, lo último que nos falta saber es: ¿quién eres realmente? Hemos registrado tu maletín, hemos visto la documentación a nombre de Stephanie Colby, con la fotografía convenientemente deteriorada, pero ni rastro de tu verdadera personalidad. Veamos: ¿eres de la CIA?

—Sí.

—¿Y cómo conseguiste la pista del Red Fish Parador?

Brigitte se quitó los rellenos y aros de plástico que alteraban la forma de su nariz, y acto seguido la peluca rubia. Los cuatro personajes la contemplaban en hosco e impresionado silencio. Por fin, Dennis De Vries murmuró:

—Esto es muy interesante, Las noticias sociales indican que la señorita Montfort se halla en su apartamento, indispuesta, y que no recibe visitas. Pero es evidente que se trata de una mentira de cobertura para que la señorita Montfort trabaje para la CIA, del mismo modo que lo estaba haciendo cuando la reunión con los enviados de Oriente Medio.

—Allí estaba sólo como periodista, enviada especialmente por el presidente de los Estados Unidos —dijo Brigitte.

—Podemos creerlo perfectamente. Pero también tenemos la impresión de que eres más que una intrépida periodista. Veamos: ¿qué pasó con los dos ángeles que tenían que matarte, donde están

los dos hombres que las acompañaban?

—Tuvieron mala suerte los cuatro: fueron detectados a tiempo por unos compañeros de la CIA que ésta había destacado cerca de mí para que me cuidaran de posibles agresiones.

—Es decir, que la CIA te mima. Y sin embargo… ¿te envía luego sola a la boca del lobo?

—No he estado sola en ningún momento —sonrió la espía—. Lo cierto es que actualmente tanto la villa como el chalé donde se alojaba Angelikus ya han sido invadidos por la CIA, y todos los ángeles y profesores y demás auxiliares están detenidos.

Angelikus estaba lívido, y lo mismo sus amigos, todos ellos contemplando con expresión desorbitada a la señorita Montfort.

Por fin, Angelikus jadeó:

—Eso es mentira.

—El paquete de cigarrillos de mi maletín es una radio de alcance especial —sonrió la divina—, por medio de ella indiqué la posición aproximada de la villa e indiqué que en un radio de una milla había otra casa, en la que se hallaba instalado Angelikus, el jefe de los ángeles de guerra. En estos momentos, todos están detenidos, y la CIA se ha apoderado de todo el equipo, de modo que incluso pronto dispondremos de la fórmula del combustible especial que hace funcionar el propulsor y las alas. Dicho de otro modo: el Cielo ha sido ocupado por la CIA, y vosotros lo habéis perdido todo.

—Pero hemos escapado —casi gritó histéricamente Angelikus—. ¡Y te tenemos a ti!

—Ah, eso sí. De modo que tal vez ha llegado el momento de pararse a negociar en serio.

—Mala puta de mierda —aulló Ophelia, acercándose a Brigitte con las uñas preparadas para sacarle los ojos—. De modo que te has estado haciendo la tonta, pero en realidad lo has estado previniendo todo en todo momento.

—Querida —la miró amablemente Baby—, son muchos años de espionaje para que ahora me deje engañar por cuatro fantoches. Y ahora, escuchad mi oferta; como no sois más que cuatro desgraciados, os permitiré seguir con vida por el momento, a cambio de una sola información: ¿quién os dijo lo de la reunión con los enviados de Irán e Irak?

—Estoy alucinado —dijo Dennis De Vries—. ¿Estás proponiendo

condiciones, nos estás perdonando la vida?

—Sólo por el momento —le amenazó Brigitte graciosamente con un dedo—. Si volvéis a ser malos os borraré de la faz de la Tierra. ¿Está claro?

—Le voy a sacar los ojos —escupió Ophelia, cuya furia afeaba su bello semblante—. ¡La voy a hacer trizas con mis manos!

—No hay prisa para eso —murmuró Angelikus—. Tengo la impresión de que la CIA pagaría con gusto un precio muy alto por recuperar con vida a la señorita Montfort…, y quizá la necesitemos para pagar nuestra vida con la suya, de manera que de momento la vamos a conservar con vida. Por otra parte, antes de tomar decisiones, vamos a comunicamos con el Cielo, para cerciorarnos de que, en efecto, lo hemos perdido. Dennis, ve a la cabina y ocúpate de ello utilizando la radio. Y vosotras dos registrad bien a la señorita Montfort. No me sorprendería que una persona tan… experimentada como ella dispusiera de recursos sorprendentes… y poco convenientes para nosotros.

Eleanor y Ophelia prácticamente desnudaron por completo a Brigitte propinándole auténticos zarpazos, sin preocuparse en absoluto por las señales que sus uñas pudieran dejar en la piel dorada de la espía más peligrosa del mundo, que permanecía impasible. Por supuesto, al quitarle la braguita encontraron la pistola de cachas de madreperla, que Eleanor se guardó en el escote. Angelikus señaló la cura efectuada con esparadrapo color carne en el costado de Brigitte.

—¿Y esa herida? —inquirió.

—Me quemé fumando desnuda en la cama.

Angelikus asió el borde del esparadrapo, y lo arrancó de seco tirón, sin que en el rostro de Baby apareciera siquiera una crispación. La herida producida por la navaja comenzó a sangrar.

—Esto no es una quemadura —dijo Eleanor.

—Es una herida de arma blanca —añadió De Vries—. Lo que en mi opinión, significa que los dos ángeles llegaron hasta la señorita Montfort y consiguieron herirla, antes de ser capturadas. Angelikus, mucho me temo que todo cuanto ella ha dicho es verdad.

—Ve a asegurarte. Y llévatela de aquí. Enciérrala en un camarote y que los dos profesores la vigilen estrechamente en todo momento. Pero recuérdales que por ahora la queremos viva… No

importa cuán deteriorada llegue a estar, pero viva.

Prácticamente desnuda, Brigitte salió del saloncito, y fue encerrada en un pequeño camarote por De Vries, al cual oyó conversar con los pilotos a través de la puerta. Brigitte rasgó una sábana del lecho, y procedió a vendarse la herida rodeando el torso, buscando la eficacia estrictamente. Conseguido esto, se tendió en la cama, dispuesta a dormir mientras se lo permitieran.

No pensaba complicarse la vida hasta llegar a destino y conocer a los personajes que realmente le interesaban de aquel asunto; una vez conseguido esto, ya vería qué convenía hacer…, si podía, claro está.

Capítulo VIII

Despertó con la salida del sol, pero decidió seguir durmiendo tras echar un vistazo por la circular ventanilla y ver abajo la inmensidad azul del mar. No pudo dormir mucho más, de todos nodos. Despertó de nuevo debido al cambio de sonido de vuelo, y comprendió que estaban aterrizando.

La puerta del camarote se abrió, y apareció Eleanor, que le tiró unas ropas sobre el lecho.

—Ponte esto —ordenó—. Vamos a desembarcar tranquilamente, como si nada estuviera ocurriendo, y nos trasladaremos en coche a cierto lugar. Si buscas complicaciones te mataremos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Brigitte, sin inmutarse.

—Ya que eres tan lista, adivínalo.

Brigitte se vistió, sin más preguntas ni comentarios. Poco después, todos descendían del *jet*. El sol era deslumbrante, el mar refulgía con un azul de auténtica joya, el verdor de la vegetación era intenso, las palmeras se elevaban majestuosas y vitales.

En afecto, estaban en el Caribe. En una isla del Caribe.

Les aguardaban dos coches, ambos con chófer negro. En uno de los coches se alejaron Angelikus, De Vries, Eleanor y Ophelia. En el otro, viajaron Brigitte y los dos guapos y atléticos profesores, uno de los cuales puso una mano sobre un muslo de Brigitte y apretó, sonriendo, gozando del turgente tacto.

—Los tienes muy enfadados, preciosa, pues han comprobado que todo lo que dijiste anoche es cierto. Les has dejado sin Cielo, sin ángeles y prácticamente sin nada que valga la pena, salvo el avión y la casa de esta isla.

—Hay quien ha perdido cosas más estimables —replicó Brigitte.

—¿Sí? ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la vida.

—Ah, sí, claro. Pero bueno, no te preocupes por la tuya, pues de

momento no piensan matarte. Más bien tienen intención de utilizarte como moneda de cambio. Y además, prefieren que les des la cápsula a matarte y sacártela de tus tripas.

—Sí —dijo el otro—. Resultaría un tanto asqueroso y todo un desperdicio, una chica como tú merece mejores destinos.

—¿Cuánto os paga Angelikus? —preguntó Brigitte, sonriendo.

—Huy —puso los ojos en blanco uno de ellos—, llegó la hora del soborno. Vamos a ver: ¿cuánto nos ofreces tú?

—Diez millones de dólares a cada uno.

Los dos guapos guardianes ni siquiera tuvieron aliento para respingar. Se quedaron mirando como alucinados a Brigitte, hasta que por fin uno de ellos masculló:

—Vete al infierno, guapa.

—Estoy hablando en serio.

—Por veinte millones de dólares nosotros traicionaríamos hasta al mismísimo Dios.

—No os pido tanto —rió la espía—, sólo se trata de un sádico que se divierte creando ángeles de guerra. Porque no vamos a engañarnos, ¿verdad? Angelikus puede incluso pretender parecer un chiflado, pero de eso no tiene nada. Es un criminal muy inteligente que utiliza palabras angelicales para dárselas de tonto…, cuando la verdad es que ha puesto en marcha un cuerpo de combate de lo más eficaz para misiones especiales, como son sus ángeles de guerra, esas chicas asesinas, cuyas acciones mortales pueden superar las de cualquier comando compuesto por hombres bien entrenados. Eso lo sabéis muy bien vosotros, ¿verdad?

—Desde luego. Son chicas fáciles de entrenar, por una razón muy sencilla: ya saben lo que es matar, y no les importa hacerlo…, sobre todo en condiciones de impunidad para ellas. Cualquiera de ellas que elijas puede cortarte el cuello por menos de cinco centavos. Y no tengas la menor duda de que en cuanto Angelikus se recupere del descalabro que le has ocasionado volverá a reunir su pequeño ejército de ángeles de guerra, como tú las llamas.

—Eso será si yo le dejo, ¿no?

—Y si nosotros te dejamos a ti —sonrió el guapo asesino instructor de asesinas—. Pero en serio: por veinte millones de dólares damos la vuelta ahora mismo, asaltamos el *jet*, y…

—No —movió la cabeza Brigitte—, nada de eso. Por ahora,

prefiero seguir el viaje. Quiero conocer a las personas que han estado facilitando hasta ahora, con su financiación, las hazañas y proyectos de Angelikus. Ya decidiremos luego lo que hacemos.

—Nos gustaría saber de dónde vas a sacar veinte millones de dólares, y cómo nos los entregarías.

—Ya he dicho que luego hablaremos de eso.

—De acuerdo, encanto.

Los dos automóviles circulaban por una carretera asfaltada, pero estrecha. Había vegetación por todos lados. En la distancia, Brigitte divisó el fulgor de lo que le parecieron blancos edificios de moderno diseño, pero de escasa elevación. El cielo tenía el fulgor de piedra azul del Caribe.

No se acercaron a lo que podía ser la ciudad más importante de la isla, sino que se fueron alejando de ella tras apenas haberla vislumbrado. Finalmente, como Brigitte esperaba, enfilaron el sendero de una quinta, que se iniciaba en unas verjas que fueron abiertas por dos hermosas y esbeltas muchachas de raza negra, rientes y palpitantes de vitalidad. En definitiva, Brigitte comprendió que estaban entrando en el Paraíso. Circularon por el sendero rodeados de silencio palpitante de sol y flanqueado por arbustos de flores, especialmente hibiscos.

La casa apareció de pronto, blanca, amplia, flamante, rodeada de cocoteros y flores, el sol destelló en las aguas de una piscina que se nutría de una bellísima cascada que parecía natural. Brigitte comenzó a ver chicas desnudas a pleno sol, cuidando los jardines, yendo de un lado a otro, riendo. Al llegar más cerca de la piscina-cascada vio a tres hombres cuyas características raciales y faciales le revelaron inmediatamente que eran asiáticos. Más allá, ante la entrada a la casa, se hallaba detenido el coche en el que había viajado Angelikus.

Éste se hallaba junto al coche, conversando con otros cinco hombres como los tres que había junto a la piscina, todos ellos ataviados con albornoces de alegres colores. Muy cerca de ellos, un grupo de bellísimas jóvenes desnudas reían con absurda malicia. Había negras y blancas, cobrizas y amarillas.

A la izquierda de la casa había un amplio cobertizo, hacía el cual dirigió el coche el chófer negro, pero no entró. Se detuvo delante. Los dos profesores hicieron señas a Brigitte, que se apeó. El

chófer negro se había apeado también, y abrió la doble puerta del cobertizo, que resultó ser un garaje, dentro del cual había un automóvil deportivo y una camioneta. El negro abrió las puertas de atrás de la camioneta, y uno de los profesores la señaló:

—Sube ahí —ordenó.

—Creí que el viaje había terminado.

—Sube.

Brigitte subió, convencida de que, en efecto, el viaje iba a continuar, lo que la mantuvo dócil, pues quería enterarse de cuantas más cosas mejor, antes de tomar decisiones definitivas… Pero una vez más, la espía se convenció de que nadie es eternamente listo, ni, mucho menos, el más listo del mundo: las puertas de la camioneta fueron cerradas, dejándola a ella encerrada. Pero no hubo viaje. Sencillamente, estaban utilizando la camioneta como celda.

Habían dejado abiertas las puertas del cobertizo, de modo que, por las pequeñas ventanillas de cristal de las puertas de atrás de la camioneta, Brigitte podía abarcar con la mirada una considerable zona de terreno, en la que se hallaba comprendida la piscina.

Junto a ésta se hallaban ahora reunidos todos los asiáticos árabes, retozando con las muchachas. Uno de ellos, del modo más natural del mundo tendió a una de las muchachas sobre el césped, y la penetró. Otros dos decidieron hacer lo mismo con sendas muchachas, una de ellas una insólita rubia de tez enrojecida por el sol, todavía no curtida.

Seguían pasando muchachas por los jardines. Seguía pasando el tiempo.

Los árabes seguían disfrutando de las muchachas, haciendo el amor con ellas ininterrumpidamente, a plena satisfacción. El sol era cegador, el resplandeciente sol del invierno caribeño.

Finalmente, apareció Angelikus en la zona de la piscina, sentándose junto a los árabes, con uno de los cuales comenzó a conversar cuando quedó desocupado de su divertimento sexual. Angelikus seguía ataviado con su blanca túnica, pese al calor. Un calor que estaba haciendo sudar copiosamente a Brigitte dentro de la camioneta. Angelikus y el árabe se pusieron en pie, el árabe dijo algo a sus amigos, y todos se fueron hacia la casa en pos de Angelikus. Nada interesante que ver desde la camioneta, salvo las

chicas, que continuaron retozando junto a la piscina. Para ellas hacer el amor debía de ser como beberse un vaso de agua.

En menos de cinco minutos Brigitte había desprendido un pequeño trozo de plancha, con el cual hurgó brevemente en la juntura de las puertas de la camioneta. Otro minuto más, y las puertas estaban abiertas. Brigitte saltó al suelo, vio la luz del sol tras ella, y localizó la ventana al fondo del cobertizo. Por esa ventana salió al exterior. A la derecha estaba la casa, que divisó por entre flores y palmeras.

Comenzó a deslizarse hacia ella, sin prisas, silenciosamente. Cuando casi se dio de narices con una de las muchachas jardineras, ésta quedó tan atónita que a la espía casi le dio pena lastimarla. Pero lo hizo: un fulminante golpe de karate derribó a la muchacha sin sentido, y Brigitte se quedó mirándola, tan bella y naturalmente desnuda tendida ante sus pies. Muy bien, ella también sabía andar desnuda por ahí, y más cuando le convenía. Se quitó la ropa, y, en la confianza de que si la veían de lejos la confundirían con una de las muchachas del Paraíso, se dirigió hacia la casa.

Estaba cerca de ésta cuando oyó las risas femeninas, procedentes de una de las ventanas del primer piso. Las risas cesaron bruscamente. Cerca de aquella ventana había otra, también abierta, justo debajo de una planta trepadora de pequeñas flores liliáceas.

Ágilmente, Brigitte trepó por la planta, alcanzó la ventana, y saltó al interior de la habitación. En la cama, uno de los profesores estaba haciendo el amor con una chica, mientras otra le daba besos y le hacía masajes con sus pechos en la espalda. Fue esta chica la que vio de pronto a Brigitte, y emitió un gritito de sorpresa que alertó lógicamente al entusiasmado profesor de asesinatos, que movió la cabeza hada la ventana. Vio a Brigitte, quedó un instante pasmado, y acto seguido reaccionó soltando un gruñido y desocupando el cuerpo de la muchacha de un salto que lo llevó hacia donde estaban sus ropas.

Brigitte le salió al paso, con expresión entre divertida y amable. Su feroz puntapié acertó al hombre en sus todavía comprometidos genitales. El profesor soltó un bufido, se llevó las manos al lugar golpeado, hizo un esfuerzo para reaccionar…, y recibió en plena frente el brutal directo de karate, que lo derribó instantáneamente muerto sobre la cama, junto a la chica que había estado amando, y

que ahora estaba sentada y sobresaltada como la otra, mirando ambas a Brigitte, que se llevó un dedo a los labios y susurró:

—Si hacéis un solo ruido, daros por muertas.

Las dos muchachas permanecieron quietas y en silencio como si fuesen de piedra. Brigitte se acercó a las ropas del profesor muerto, encontró en ellas la pistola con silenciador de origen, y miró perversamente a las asustadas amadoras.

—Poneros de pie junto a la cama, de espaldas a mí. ¡Deprisa!

Las dos obedecieron tras fuerte respingo. La primera que recibió el culatazo en la cabeza no se enteró de nada. La otra se enteró, se asustó, quiso gritar, y eso le costó tragarse varios trozos de sus partidos dientes además de quedar igualmente sin sentido.

Armada con la pistola, Brigitte salió de aquel dormitorio, y pasó al contiguo, donde había oído las risas. Empujó la puerta, y se quedó mirando con sarcástica expresión la estimulante escena: el otro profesor estaba inventando «cuadros de placer» con dos chicas..., pero no eran dos chicas cualquiera del Paraíso, sino, para sorpresa de Brigitte, Ophelia y Eleanor.

Fue Ophelia la primera en ver a la intrusa, y lanzó una exclamación, apartó de sí al profesor, y se ladeó hacia la mesita de noche con el brazo extendido...

Plop, disparó la agente Baby.

Ophelia recibió al tremendo impacto en pleno corazón, sobre su espléndido seno izquierdo, que pareció reventar en una horrenda flor de sangre.

Quedó con los ojos abiertos, tendida de costado, mientras el profesor y Eleanor se separaban y localizaban con sus desorbitados ojos a la supuesta prisionera.

—No, espere —jadeó al profesor—, estaba esperando la ocasión para aceptar su oferta y ayudarla a escapar. ¡Se lo juro!

Plop, disparó Brigitte.

El profesar murió en el acto, reventado su corazón por la bala que lo atravesó. Se decantó hacia Eleanor, que lo apartó emitiendo un gritito que era una mezcla de asco y miedo, sin dejar de mirar con expresión alucinada a Brigitte, que la apuntaba directamente al rostro.

—¿Dónde están Angelikus y Dennis? —susurró—. ¿Con los árabes?

—Sí… Sí, sí.

—¿Son los financiadores de vuestra organización?

—Sí… Sí.

—Se me está ocurriendo que quizás han tenido algo que ver con lo sucedido hace días con los cuatro mensajeros de paz de Irán e Irak. ¿Cierto?

—Yo… yo no sé…

—No sabes nada, ¿verdad?

—No.

—Entonces, querida, no me sirves para nada, así que…

—Espera, espera —jadeó Eleanor, lívida—. Yo… Bueno, sí, ellos son amigos de Angelikus.

—Eso ya lo tengo bien entendido. ¿De qué país son exactamente?

—Bueno, son… son de Irak y de Irán.

—De Irak y de Irán —parpadeó lentamente la espía—. Y están aquí juntos, divirtiéndose como buenos amigos… Veamos si me equivoco: ¿son los mismos hombres que informaron a Angelikus del viaje de los mensajeros de paz que vosotras asesinasteis aquella tarde?

—Sí, son… son ellos.

La espía americana aspiró profundamente. Ni siquiera necesitaba más explicaciones de una cretina como Eleanor. Para ella estaba todo clarísimo: aquellos hombres eran los que medraban con la guerra entre sus respectivos países; mientras los habitantes de éstos se descuartizaban en una horrenda lucha que ya duraba más de siete años, ellos seguían siendo amigos y se las arreglaban para que esa guerra no terminase nunca, porque mientras durase se irían llenando los bolsillos. Mientras sus compatriotas se despedazaban, ellos se reían de todos, intervenían en las compras de armas, en negociaciones de abastecimientos diversos, en pactos sangrientos y siempre matizados por ganancias en dólares…

—Malditos seáis todos —jadeó Brigitte.

Apuntó al corazón de Eleanor, y disparó.

Eleanor emitió un grito entrecortado, dio un tremendo salto en la cama, y cayó rodando al suelo, donde quedó tendida cara al techo, con los ojos casi fuera de las órbitas y un oscuro borbotón púrpura sobre su hermoso seno izquierdo.

Afuera, en el pasillo, se oyó un grito de espanto, unas pisadas precipitadas, y enseguida una sucesión de golpes. Brigitte salió corriendo de la habitación, y todavía pudo ver rodando escaleras abajo a la muchacha a la que había roto los dientes. Nunca se era suficientemente implacable. Si hubiera matado a las dos muchachas, ahora una de ellas no la habría puesto en aquel apuro al recuperar el conocimiento antes de lo previsto…

La muchacha seguía gritando mientras rodaba escaleras abajo dejando manchurrones de sangre de su destrozada boca. Era natural que provocase la alarma en la casa, y el primero en acudir a ella fue Dennis De Vries, que salió del salón, vio a la muchacha, miró hacia lo alto de las escaleras, y al ver a Brigitte lanzó una exclamación e inició el salto.

Plop, disparó Brigitte.

De Vries recibió el balazo en el hombro derecho gracias a la agilidad con que había reaccionado. Lanzó un alarido giró sobre sí mismo, y desapareció dentro del salón del cual había salido. Ahora se oían voces y gritos por todas partes. Pero todas las voces eran de mujeres, ni un solo hombre. Brigitte ni se molestó en disparar contra las chicas que entraron en la casa procedentes del exterior, pues sabía que ellas no eran ángeles de guerra, sino simples otorgantes de placer sexual.

Se disponía a bajar cuando por un instante apareció el rostro de De Vries en la puerta del salón, y enseguida sonaron dos disparos dirigidos contra Brigitte, que retrocedió. Se sentó en el suelo, contemplando el hilo de sangre que brotaba de su herida del costado nuevamente abierta. Oyó voces lejanas, y casi enseguida, el rugir del motor de un automóvil, y enseguida de otro.

Lanzando una exclamación de rabia Brigitte entró corriendo en una de las habitaciones antes visitada, y sin hacer caso de los cadáveres, se asomó a la ventana; todavía pudo ver el rostro de uno de los árabes dentro de uno de los dos automóviles que se alejaban.

Dio la vuelta, abandonó de nuevo la habitación, y vio a De Vries terminando de subir las escaleras, manchado de sangre, pero resuelto el gesto, preparado para disparar. Brigitte se dejó caer de rodillas al tiempo que disparaba. Por encima de su cabeza crujió la bala que todavía pudo disparar Dennis De Vries… Luego, oyó los secos golpes del cuerpo del hombre al regresar rebotando escalones

abajo.

Y después de eso, el silencio.

Durante un par de minutos, con todos los sentidos alerta, Brigitte estuvo esperando que sucediera algo nuevo, pero no fue así. El silencio era total.

¿Se había escapado Angelikus con los árabes?

Convencida de ello, Brigitte bajó a la planta baja de la casa, sin abandonar sus precauciones. Parecía que estaba sola en la casa, y afuera no se oía nada. Quizá las muchachas fornicadoras habían huido. Pero era extraño que Angelikus no tuviera aunque sólo fuera cinco o seis de sus bellas asesinas mezcladas entre las chicas complacientes del Paraíso.

En realidad, fue el leve sonido de una respiración contenida lo que hizo volverse velozmente a Brigitte. Vio una puerta abierta, y ante ella a una chica vestida normalmente y con una metralleta en las manos. De un balazo en la frente, que se astilló horriblemente, Brigitte envió a la muchacha asesina al interior de aquella habitación. Oyó un grito, vio que la puerta se movía para cerrarse, y disparó otra vez. Oyó otro grito, y acto seguido el golpe de un cuerpo contra el suelo.

Cuando finalmente se asomó al interior de la habitación, vio a las dos chicas muertas, y, sobre una amplia mesa, un equipo completo de ordenador, teléfono, télex… No podía creer lo que estaba viendo. Profiriendo un grito de alegría, Brigitte se abalanzó hacia el télex. Junto a éste vio las claves de mensajes, y obtuvo la rápida conclusión de que se hallaba en la isla Anguila, efectivamente en el Caribe. Muy bien. Recordaba perfectamente la sigla identificativa del *jet* de Angelikus, en la cual se había fijado, naturalmente; y nadie tenía que enseñarle nada respecto al manejo de un télex; y sabía perfectamente cuál era de la CIA en San Juan de Puerto Rico.

Sólo tenía que enviar un télex, indicando que desde San Juan la CIA emitiera órdenes en todas direcciones para que el avión de Angelikus fuese interceptado y secuestrado o derribado…, y ya podía dedicarse a tomar el sol, a la espera de que pasaran a recogerla.

Así pues, envió el télex, minucioso, detallado, y salió de la casa… Tuvo el tiempo justo de mirar hacia arriba, por puro instinto,

y vio a Angelikus dispuesto a disparar con el blanco lanzagranadas.

—¡Te voy a hacer pedazos, mala puta! —chilló Angelikus.

Brigitte tuvo el tiempo justo de entrar en la casa para escapar de los efectos directos de la granada, pero no pudo escapar de los secundarios: la onda expansiva la alcanzó por la espalda, y la arrojó brutalmente contra la pared de fondo. Cuando abrió los ojos no sabía si habían pasado apenas un par de segundos o un par de siglos, pero de nuevo el instinto salvó su vida. Se puso en pie y corrió tambaleándose hacia el otro lado de la casa, y estaba cruzando la cocina cuando vio las escaleras descendentes. Tras un brevísimo titubeo, se lanzó escaleras abajo, con la convicción de que se iba a encontrar en un refugio donde podría estar guarecida de las granadas que sin duda le seguiría disparando Angelikus, saliera o no de la casa.

Y nada más llegar abajo vio varios equipos de guerra perfectamente alineados y colgados de la pared.

Este es el final

El odio es, sin duda alguna, el más destructivo de los sentimientos, porque a quien más perjudica siempre en primer lugar es a la persona que lo siente.

Y esto fue lo que le sucedió a Angelikus. Por un lado, sabía que la ocasión para escapar era de lo más propicia. Podía dejar a la espía americana dueña de la casa, incluso de todo el tinglado de comunicaciones. Podía perderlo todo, escapar, y más adelante volver a las andadas.

Pero la idea de dejar viva a la señorita Montfort, causante de todos sus males, tropiezos y fracasos cuando ya creía que iba a iniciar una verdadera carrera ascendente con los ciento cincuenta millones del presidente de Estados Unidos, creó en el estómago de Angelikus como un volcán de odio, de amarga rabia ingobernable.

Así que permaneció allí, sobrevolando la casa, esperando que ella intentara escapar, porque quería verla cuando una de las granadas la hiciera pedazos… Y la vio. Pero no escapando a pie, o intentando llegar a la camioneta o el coche del cobertizo, sino volando.

La vio salir por una ventana, y emprender el fácil vuelo de los ángeles de guerra. Y sólo entonces recordó Angelikus que había olvidado cerrar la puerta secreta que ocultaba el sótano donde tenía la reserva de equipos. Sólo entonces se dio cuenta de su gran error y eso aumentó su odio, su rabia, pues sabía que si la señorita Montfort escapaba con uno de los propulsores la CIA analizaría el combustible, se enteraría de todo… Se dio tan perfecta cuenta de que podía perderlo todo por culpa de aquella mujer, que cometió el siguiente error, el peor de todos: no pensar nada más que en matarla.

Con esta idea, emprendió el vuelo tras ella. Quería alcanzarla, incluso adelantarla, ver su rostro cuando le disparase una granada

desde setenta metros o más, es decir, una distancia en la que nadie podía hacer blanco con una pistola, única arma de que disponía la señorita Montfort.

Pero la señorita Montfort no huía en sentido horizontal, sino vertical, es decir, que iba hacia arriba.

¿Adónde pensaba llegar, dónde pensaba refugiarse de su ataque? ¿Quizás en el mismísimo cielo?

La idea le pareció tan graciosa a Angelikus que comenzó a reír mientras subía y subía volando detrás de la más implacable espía del mundo. La veía desnuda, volando hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba…

Y de pronto, cuando se hallaba quizás a quinientos metros de altura, la señorita Montfort dejó de huir, giró, y miró hacia abajo, hacia Angelikus.

Éste se sorprendió, en primer lugar. Luego, se echó a reír porque la distancia que los separaba era de más de cien metros, y a esa distancia las balas ni siquiera tienen fuerza para mantener una línea coherente de desplazamiento.

Pero de repente, Angelikus recordó que Brigitte Montfort estaba por encima de él y la bala no tenía que sostener su propio peso, sino bajar. Y la señorita Montfort tenía buena puntería…

Angelikus no se enteró de nada.

Desde exactamente ciento diecisiete metros, de arriba a abajo, la agente Baby, le metió la bala en al centro de la cabeza.

Pero Angelikus no cayó, sino que siguió volando, volando, hacia arriba hasta que llegó a la altura de la señorita Montfort, que lo miró con sarcástica expresión, sin inmutarse por los feos chorritos de sangre que desde el tremendo boquete caían en relucientes franjas por toda su cabeza.

Por fin, la señorita Montfort apuntó al propulsor de Angelikus, y disparó de nuevo. Hubo un pequeño estampido, luego un siseo fortísimo, Angelikus pareció que fuese a salir lanzado hacia el cielo…, y de repente inició la velocísima caída hacia tierra firme.

—Sabido es —dijo la señorita Montfort— que siempre ha habido ángeles caídos.

Cuando una simpática avioneta particular pasó a recogerla con la noticia de que el *jet* de Angelikus había sido interceptado y capturado con los criminales que fomentaban la guerra entre los dos

países, la señorita Montfort estaba desnuda tomando apaciblemente el sol del Caribe.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *La puerta del infierno*. <<

[2] *Sky* = cielo. <<

[3] Véase la aventura titulada *Agente secreto en órbita*. < <

[4] Véase la aventura titulada *Un favor a la humanidad*. < <